

# TRES CONFERENCIAS SOBRE JESÚS DE NAZARET

ALEXANDER ZATYRKA PACHECO



SERIE

REALIDAD RELIGIOSA

39



# TRES CONFERENCIAS SOBRE JESÚS DE NAZARET

ALEXANDER ZATYRKA PACHECO



SERIE

REALIDAD RELIGIOSA

39

[LC] BT 250 Z38.2020

[Dewey] 232.8 Z38.2020

Zatyрка Pacheco, Alexander P.

*Tres conferencias sobre Jesús de Nazaret* / Alexander Paul Zatyрка Pacheco, S.J. – México: Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2020 – 80 pp. – 14 x 21 cm. – ISBN: 978-607-417-701-5

(Cuadernos de Fe y Cultura)

(Serie realidad religiosa; 39)

11. Jesucristo – Persona y obras. 2. Reino de Dios. 3. Jesucristo – Resurrección. I. Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Departamento de Reflexión Interdisciplinaria. II. Campo estratégico y de acción Diálogo Fe y Cultura del Sistema Universitario Jesuita. III. Series.

---

Mauricio López Noriega

*Coordinación editorial*

- DR © Universidad Iberoamericana, A.C.  
Prol. Paseo de la Reforma 880, Col. Lomas de Santa Fe, Ciudad de México, CP 01219
- DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, A.C. Periférico Sur Manuel  
Gómez Morín 8585, Col. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco, CP 45604.
- DR © Universidad Iberoamericana León  
(Promoción de la Cultura y la Educación Superior del Bajío, A.C.)
- DR © Universidad Iberoamericana Puebla  
(Comunidad Universitaria Golfo-Centro, A.C.)
- DR © Universidad Iberoamericana Tijuana  
(Promoción y Docencia, A.C.)
- DR © Universidad Iberoamericana Torreón  
(Formación Universitaria y Humanista de la Laguna, A.C.)

Primera edición: 2020

ISBN: 978-607-417-701-5

---

## ÍNDICE

JESÚS Y EL REINO DE DIOS	7
JESUCRISTO COMO SIERVO DE YAHVÉ	33
MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS	53



---

## JESÚS Y EL REINO DE DIOS

El Reino de Dios es uno de los temas centrales de la vida y predicación de Jesús, tal vez el más importante y denso. Habría que empezar por subrayar que no se pueden separar las dos cosas: hablar del Reino de Dios es hablar de Jesús, y hablar de Jesús es hablar del Reino de Dios. No existe el Reino de Dios sin Jesús, ni existe la presencia de vida y el mensaje de Jesús sin la predicación del Reino de Dios. Son inseparables.

Los Evangelios nos presentan dichos de Jesús que quedaron en la memoria de sus discípulos. Tanto la persona como el mensaje es el centro, pues de lo que tenemos recogido en los cuatro Evangelios canónicos que existen es imposible separar al Jesús histórico del Cristo o Jesucristo de la fe. Podemos tener pinceladas, elementos para tratar de acercarnos de manera metodológica a lo que sería su figura de Jesús que caminó por esta tierra, pero es inseparable del Cristo de la fe.

Los Evangelios nos transmiten las enseñanzas de ese Jesús, y un tema común en todos ellos es la predicación del Reino, cuando menos en los Evangelios sinópticos. El que menos lo maneja explícitamente con ese nombre es el Evangelio de Juan, aunque aparecen varios elementos que hacen esta referencia. En el Evangelio de Juan, la identificación de Jesús con el Reino es prácticamente completa.

Sabemos que la predicación fundamental de Jesús en Galilea, y en el culmen de su vida en Jerusalén, fue la inminente llegada del Reino como una manifestación concreta de Dios, y del Dios que se revela como un Padre amoroso. Ésta fue su Buena Noticia, que el Dios verdadero, el que se acercaba y le pedía que él fuera el vehículo para acercarlos a los demás, era un Padre amoroso con el cual estamos invitados a entrar en una relación. Y esto para él, y para aquellos

quienes se los transmitió, fue una Buena Noticia. Recordemos que “Evangelio” quiere decir literalmente “buena noticia”. Jesús no sólo predicaba el Reino, sino que invitaba a las personas a tomar postura frente a él. La gente debería posicionarse frente a lo que es el Reino y a sus exigencias. De hecho, Jesús subraya que la salvación depende de cómo nos pongamos frente al Reino, cómo lo aceptemos o no, y esto no se debe a una mera especulación, a ideas, sino que tenía que redundar en acciones congruentes con el mensaje de fraternidad de Jesús, es decir, llegar a la convicción de que estamos llamados a amarnos unos a otros como él nos amó. Es el centro de este mensaje de Jesús.

El Reino, con todo, la forma como él lo presenta, no es cuestión de nuestro esfuerzo, es una gracia, un don que Dios nos da. A nosotros sí nos toca algo, pero lo que nos toca es acogerlo y, al hacerlo, responder a él. El Reino, que en el fondo es la soberanía de Dios en nuestras vidas, nos dice lo que veremos en las parábolas en un momento; va creciendo suavemente, a veces sin que nos demos cuenta y, en la medida en que lo dejamos actuar, se va convirtiendo en el centro de nuestras vidas. Creo que vale la pena ahora un pequeño discurso para describir este término griego que traducimos como “Reino”: el término es *basileia*. Reino de Dios, Reino de los Cielos, pero que se puede traducir, y es mejor hacerlo, como soberanía de Dios. Así, no es tanto un lugar donde Dios reina, sino un estado en el cual Dios se convierte en el rey de nuestras vidas, soberano de ellas; esto es, nuestras vidas son reguladas, llevadas, sostenidas, dirigidas por Dios. Ése es el concepto de Jesús; no está hablando de un lugar, sino de una manera de vivir y ser.

El cristiano que reconoce a Dios como Padre pide —en la oración por antonomasia que el Señor nos enseñó, el Padre Nuestro— que venga su Reino, que a nosotros nos llegue esta soberanía de Dios. Esta elección del Reino de Dios es una cosa delicada: no podemos operar nuestra salvación si no optamos por ella; Dios no la puede realizar en nosotros. Jesús, en su predicación, subraya que nadie se



puede salvar a sí mismo. La salvación es un regalo de Dios, un don de Dios, pero de nosotros depende acogerla, aceptarla, recibirla o bloquearnos a ella, y si hacemos esto último, la oferta de salvación de Dios queda fuera de nosotros. Esta temática la vamos a ver con más detalle tanto en los milagros como en la Pasión y Muerte de Jesús, y el sentido que esto tiene, su convicción de ser y actuar como el siervo de Yahvé. Lo anterior implica una auténtica conversión, y el término griego para ella es *metanoia*.

Los Evangelios hablan de una *metanoia* que significa cambio de dirección, de sentido; es decir, elijo construir mi vida en función del ego y sus pulsiones, de una falsificación de mi identidad, o decido elegir mi vida y construirla sentada en el proyecto de Dios, que es la comunión. De esta forma, son las dos alternativas. Por lo general, nuestra vida está construida y direccionada hacia el ego y por el ego, lo que termina separándonos de los demás, de Dios y de nosotros mismos. De ahí la invitación de este cambio de dirección para poner nuestra atención a Dios. Esto implica, nos dice el Evangelio, hacernos como niños, aquellos que confían que lo que se les dice, lo que les dicen sus Padres, quienes les proporcionan lo necesario para su supervivencia, lo mejor para su bien.

El Reino debe polarizar completamente el deseo del ser humano, el ser guiado por Dios, vivir en comunión con Dios, consultar, dialogar y construir cada paso y decisión desde esta soberanía de Dios. Es el centro de la vida del creyente. En espiritualidad se suele decir que una de las falacias es creer que nuestra alegría o felicidad radica en elaborar un proyecto de vida y convencer a Dios de que venga a habitarlo, que nos lo bendiga. Ya vi qué es lo que quiero, lo que me conviene, y le decimos “ven y échanos la bendición”, cuando en realidad nuestra alegría, nuestra felicidad está en que nos instalemos en el proyecto de Dios. El Reino de Dios significa eso; no es un lugar o una serie de reglas, sino una actitud, la de aquel que vive con Dios como su soberano, como referente permanente de su vida y sus decisiones.

Seguir al Señor y ser ciudadanos del Reino implica un compromiso total, lo cual tiene sus consecuencias, pero el que persevere hasta el final alcanzará su promesa de vida en plenitud; una y otra vez las parábolas subrayan esto.

¿Cómo nos presentan los Evangelios este Reino de Dios? En el Evangelio de Mateo, que algunos autores han llamado el Evangelio del Reino, porque es donde aparece más la palabra, el concepto, parece ser una predicación, una relación paulatina del Reino que va invitando a la gente a que se deje enseñar por Jesús. De hecho, al final veremos que el famoso Sermón del Monte es una especie de proclamación del Reino, la descripción de lo que está llamado a ser el Reino. Hay dos términos para describir el ideal de vida al que invita Jesús: Marcos y Lucas prefieren el término Reino de Dios —*basileia tou theou* en griego—, pero Mateo prefiere el Reino de los Cielos porque a los judíos observantes no les gusta usar el término Dios ni su nombre. Entonces, cada vez que en la Biblia hebrea están las cuatro letras del nombre de Dios: YHWH —de donde viene el término *Yahvé*—, los judíos leen *Adonai*, Señor. Tienen figuras poéticas para decir lo mismo, pero sin profanar su nombre. Así, más bien en el Evangelio de Mateo encontramos el término “Reino de los Cielos”, que en el fondo es lo mismo: Reino de Dios, la soberanía de Dios.

En Mateo 11, el evangelista inicia la presentación del misterio del Reino, el cual va a ir desarrollando en las parábolas de los capítulos siguientes, dando la respuesta a los seguidores de Juan Bautista, que le preguntan: “¿Eres tú el Mesías?”. Es decir, ¿ya llegó el que estábamos esperando o tenemos que esperar a otro? Jesús les dice, les permite ver, les invita a que observen que el Reino ya llegó: “Vayan y cuéntenle a Juan lo que oyen y ven: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Noticia, ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!”. Características del Reino son que todo llega a ser, que alcanza la plenitud que Dios quiere para eso. La plenitud del humano todo lo limita al humano. Jesús lo remedia dentro de un pro-

ceso de Dios, de la voluntad de Dios de llevar a plenitud su creación, y “dichoso aquel que no halle escándalo en mí”. *Skándalon* en griego significa “piedra de tropiezo”, algo que hace que nos caigamos. Jesús y su estilo se vuelve para algunos piedra de tropiezo, que es lo que está intuyendo que traen entre manos los discípulos de Juan; o sea, a lo mejor ellos querían ver un Mesías triunfante, un general victorioso expulsando a los romanos —o sabe Dios qué—, o un gran asceta del desierto, y Jesús les dice: “Ojalá que no vean en mi estilo de ser Mesías un escándalo”, que no se convierta en una piedra de tropiezo para ustedes. Fíjense en cómo, cuando dejamos que Dios se convierta en el centro de nuestra vida, empiezan a pasar estas maravillas, las que describe.

Lucas, muy al inicio de su Evangelio, pone el discurso programático del Reino, que es el primer acto público de Jesús cuando vuelve de sus tentaciones en Nazaret. El sábado en la sinagoga lee un pasaje del profeta Isaías (61, 1-2): “El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé a anunciar la Buena Noticia a los pobres me ha enviado a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad. A pregonar el año de gracia de Yahvé, día de venganza de nuestro Dios”. Así es el texto literal en Isaías.

¿Qué nos dice Lucas que lee Jesús ese día en la sinagoga? “El espíritu del señor sobre mí porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”.

Curiosamente, deja fuera la última frase, no habla de venganzas, sino de plenitudes. Dios viene a sanar. Debe observarse cómo están las frases en el texto original de Isaías y cómo lo parafrasea el Evangelio de Lucas. Luego dice: “Enrollando el volumen lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él”, porque era —hasta hoy en día es derecho de cualquier judío adulto, y los adultos son los que tienen más de doce años— que ya habían he-

cho su *Bar-Mitzvah*; es decir, han hecho esto, se le da la Torá, un libro, lo lee y lo interpreta; es derecho de cualquiera. En las comunidades reformadas también las mujeres pueden hacer eso —en la época de Jesús, no— y comentarla; por ello todos están esperando saber qué va a comentar. Leyó este texto, a ver qué nos va a decir. Todos los ojos estaban fijos en él, y comenzó a decirles: “Esta escritura que acaban de oír, se ha cumplido hoy”. En otras palabras, está diciendo: “Se ha cumplido en mí”, y, como sabemos, se escandalizan, se convierte en una piedra de tropiezo y empiezan a decir: “pues bueno, a este rancharo quién le dio pa’ cuetes”. Lo conocemos y sabemos quién es, entonces ¿cómo que en ti? Esa profecía del profeta de la llegada del Mesías se había cumplido. Vemos cómo Lucas subraya de nuevo que el Reino de Dios y Jesús son lo mismo, en él está presente, está vivo este Reino de Dios.

Más adelante, Mateo presenta las parábolas que nos permiten descubrir, ir desentrañando el sentido profundo de lo que es el Reino de Dios. La primera que utiliza es la del sembrador, que subraya que el Reino de Dios se ofrece, no se obliga ni impone. Por eso el sembrador tira la palabra, en este caso la predicación, el anuncio. Recuerden que Jesús es, de alguna manera, esta palabra de Dios, se ofrece, y la parábola nos dice que hay distintas formas de acogerlo. Algunos dejan que el demonio se los arrebate, aquellos en los cuales la semilla queda fuera del terreno en el camino y ahí se lo comen los pájaros.

Segundo, otros lo pierden por inconstancia, los problemas se los terminan de quitar. Éstos les suman tanto que confían más en sus propias fuerzas que en esta oferta de Dios de ser providente para llevar adelante su proyecto de vida en ellos. Tercero, otros lo pierden porque se lo quitan las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas; nuevamente, es preferir otra cosa a la soberanía de Dios, poner a otro en el lugar de Dios.

Y, finalmente, el que lo recibe, acoge y hace vida, y termina así dando mucho fruto. Se sigue con esas parábolas para describir el Reino: una es la del trigo y la cizaña. Otra vez Dios ha sembrado el pro-

yecto, pero en medio de éste aparecen cosas que no son queridas por Él, como la cizaña; lo que subraya esta parábola es que no le toca a la gente arrancarla, que es algo que corresponde a Dios. Hay que esperar a que Él, al final de los tiempos, opere esa transformación.

Segunda, lo compara con un grano de mostaza que empieza como una cosa pequeñita, pero eventualmente se convierte en algo grande, capaz inclusive de acoger la vida; los pájaros vienen a anidar en él; lo compara con la levadura, ya que un poquito de ella basta para que todo el pan levante, fermente; lo compara con un tesoro y una perla: “el que lo encuentre y se dé cuenta de lo que tiene entre manos, deja todo por este Reino”. Quien se dé cuenta de lo que significa vivir en esta comunión, en esta reverencia permanente con Dios, deja todo para adquirir, para vivir desde ese nuevo tesoro descubierto.

También lo compara con una red que atrapa muchos peces, que al final se depura al quedar sólo los buenos. Y claro, en muchas ocasiones en su Evangelio, Mateo, el autor, el último redactor, hace referencia a su oficio porque termina en estas parábolas del Reino diciendo: “El escriba que se ha hecho discípulo del Reino es como aquel que saca de un arca lo nuevo y lo viejo”. Es lo que está haciendo Mateo, recuperando la ley de Israel y renovándola con el mensaje de Jesús, del Reino.

Más adelante, ya aproximándonos al final de la vida de Jesús, su llegada a Jerusalén, en donde subraya que el Reino de Dios es de quienes se hacen como niños: para entrar es necesario hacernos como ellos. Toda la Patrística y muchísimos autores de espiritualidad han tratado de explicarse, entender qué quiso decir con “hacerse como niños”. Una de las razones fundamentales es tener esta actitud de confianza, no preocuparse si cuando lleguen a casa les va a faltar comida. Se sienten protegidos —claro, un niño que vive en una familia funcional. Esta actitud de quien capta que está protegido por un Dios, que es un buen Padre, es fundamental para poder entrar a este misterio de ser ciudadanos del Reino de los Cielos.

Un poquito más adelante está el relato del joven rico que se acerca a Jesús para preguntarle “¿Qué necesito yo para la vida eterna?”. Jesús

le da los mandamientos y él le responde: “Eso lo hago desde niño” —intuye que hay algo más. Jesús: “Bueno, te falta una cosa”; amándolo, dice el Evangelio, de una manera muy bella, agrega: “Vende lo que tienes, dalo a los pobres, ven y sígueme”. Pero le cuesta nuevamente porque su confianza está en sus bienes, no en su Padre; es decir, vive de acuerdo con el reino de esos bienes, no tanto con el Reino del Padre.

Otra parábola que utiliza Jesús para describir este dinamismo interno del Reino es la de los obreros de la viña que son contratados a distintas horas: unos en la mañana, otros a mediodía, unos en la tarde, otros que llegan cuando está por meterse el sol, y al final del día el dueño de la viña les paga igual a todos. De nuevo aparece una de las características del Reino: la gratuidad, el amor del Padre es gratuito y se reparte a todos, permanentemente está ofrecido, pagado.

Luego viene la parábola de los viñadores homicidas. Ahí aparece otra vez el Reino, pero diciéndoles a las autoridades religiosas que les será quitado y puesto en manos de los que lo acojan, es decir, de alguna manera de los que acojan esta predicación de Jesús.

La última de las grandes parábolas que utiliza Mateo es la del banquete nupcial. Mucha gente está invitada, pero muchos se excusan porque tienen otros compromisos: el que se va a casar, el que acaba de comprar un terreno, el que tiene que ir a ver a su papá, etcétera. El novio de la boda dice a su sirviente: “Pues es que la comida ya está hecha, vayan e inviten a todos los que encuentren en el camino”.

Tanto en esta como en dos o tres de las anteriores parábolas, el relato termina subrayando que los últimos serán los primeros, es decir, aquellos que la sociedad y la estructura con que está constituida han dejado en último lugar; recordemos cuando veíamos los relatos de la infancia de Jesús, los que estaban marginados, los pastores, los extranjeros, los sencillos, como Ana y Simeón, ahora son los que ocupan el primer lugar. El Reino implica eso, que los que se han quedado fuera de la comunión se encuentran ahora en el centro de ella.

La predicación de Jesús sobre el Reino nos habla de la experiencia de Dios, porque es el Reino de su Padre, el que él experimenta en su vida. Por eso, siendo el primero que da testimonio de lo que significa su vida en constante diálogo y acatando la voluntad de su Padre, nos invita a que lo experimentemos igual. La actitud de vida de Jesús fue la de una relación profunda con Dios, a quien sentía y llamada *Abbá*, “Papá”, lo que ningún texto de la época se atrevía a decir.

Sí, en el Antiguo Testamento encontramos muchos textos que presentan a Dios como Padre, por ejemplo, el Padre del Rey. Hay salmos que dicen o presentan al rey como el Padre; algunos presentan a Dios como Padre de Israel, pero siempre desde esta figura protectora, con una cierta autoridad y lejanía. En el Evangelio, Jesús y algunos evangelistas mantienen el término en arameo, utilizan el diminutivo, como los niños trataban de forma cariñosa y cercana a sus padres: *Abbá*.

Jesús hablaba a Dios diciéndole “papá” o “papito”; eso sí no era común, bueno, no existía en la literatura de esa época que describe la experiencia que tenía con su Padre y el centro de la Buena Noticia. Como ya mencioné, la Buena Noticia es que Dios no es un capataz vengativo o alguien que nos va llevando la cuenta de nuestras faltas, sino que es un Padre amoroso en quien puedes confiar, en cuyas manos te puedes entregar, que es lo que finalmente Jesús hace hasta el culmen de su vida en la cruz.

La vida de Jesús era una permanente obediencia a lo que esa experiencia de la cercanía amorosa del Padre le implicaba, sobre todo al predicar las consecuencias de esa revelación a la vida diaria de hombres y mujeres. Por eso empezó a entrar en conflicto con las autoridades de su época cuando veía que trataban a la gente, o que la llevaban a que se acercara a Dios, no como padre, papá, sino como patrón, jefe, juez, etcétera. Jesús denunciaba eso e invitaba a la gente a que tuviera una actitud totalmente diferente, radicalmente distinta.

Las palabras y acciones de Jesús son siempre congruentes con su experiencia de Dios compasivo y misericordioso. Un padre que quie-

re misericordia y no sacrificios. Jesús busca momentos de encuentro silencioso con su Padre porque es un hombre de oración, entendida ésta como un diálogo íntimo con Él. Es importante que quede clara la idea de que Reino de Dios no es un lugar, una realidad o estructura, sino una actitud de vida, una manera de estar en el mundo, así vivió Jesús y así invitaba a la gente a que viera a su Padre en esta confianza absoluta.

A muchos autores les ha llamado la atención lo poco que sabemos del contenido de la oración de Jesús, más allá de lo que nos transmiten algunos relatos del Evangelio; por ejemplo, la oración en el huerto de Getsemaní, siempre dirigida al Padre, la teofanía de su bautismo cuando el Padre habla. Los Evangelios tienen dos teofanías: la del bautismo y la transfiguración; teofanía quiere decir “manifestación de Dios”. En el bautismo, Dios se manifiesta a Jesús como Padre, y en la transfiguración el Padre manifiesta a Jesús como su hijo y nos invita a escucharlo.

Es significativo para entender todo este mensaje, y vemos cómo una y otra vez el tema regresa. No podemos dejar de lado esta enseñanza fundamental si de verdad queremos entender el Evangelio y su mensaje. En particular, es revelador el pasaje de Mateo 11: “En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra empieza a orar en voz alta y dice: ‘Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños’”.

Otra vez aparece ese tema: “Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”.

Quien toma esta actitud de niño ante su Padre abre su corazón y conciencia al encuentro con el Dios verdadero, el Dios que se manifiesta en la vida de Jesús. Jesús era un hombre religioso que conocía la Sagrada Escritura, con frecuencia la citaba. Recordemos que con ella se defiende de las tentaciones del desierto. Acudía los sábados a



la sinagoga y peregrinaba al templo para las grandes fiestas, donde se presentaba a sí mismo como ardiendo en celo por la casa de su Padre. La relación cálida y privilegiada de Jesús con Dios como su Padre no encuentra paralelo en el judaísmo de su tiempo, después sí. Ya en el siglo II, en la misma literatura bíblica, empezamos a ver un acercamiento más cercano y probablemente más íntimo del creyente con Dios, quien quizá es tocado por ese movimiento propio de la fe cristiana. Es en esta relación íntima y continua con su Padre donde encontramos la fuerza y el empuje de Jesús para proclamar el Reino. Un amor que es generoso sin medida, que perdona, que es tolerante. Un amor que encuentra una satisfacción profunda en la reconciliación, así es el amor del *Abbá* de Jesús, el amor con que se siente invitado a amar a sus contemporáneos, invitándolos a amarse unos a otros siguiendo ese ejemplo.

De su Padre, Jesús aprende esa manera de amar; él se la transmite a sus discípulos y los invita a que así se amen unos a otros. Ése es el centro de la Buena Noticia de Jesús, el mensaje central del Reino.

Para redondear, vamos a ver la constitución del Reino o la explicitación de las características fundamentales de lo que es el Reino de Dios, tal como lo encontramos en el Sermón del Monte, que tiene un paralelo con la entrega de la Ley, la primera alianza de Dios con Moisés, que se hizo también en el monte.

El texto comienza vinculando al llamamiento a los discípulos. Jesús los va llamando e, inmediatamente después, les da este mensaje: que crezcan y vivan como ciudadanos del Reino, que aprendan lo que ello significa. Dice el texto: “Aquellos a los que vaya llamando lo dejan todo y lo siguen”; obviamente, ante una invitación a nosotros. Después dice: “las multitudes siguen a Jesús”, cita diversas regiones de la Palestina de entonces que representa la extensión del reino de David: habla de Perea, Galilea, Judea, Fenicia, etcétera, todo lo que había sido el territorio gobernado por David. Esto tiene el significado de subrayar que todo Israel sigue a Jesús. Es como si Dios va juntando a su pueblo para darle, renovarle la alianza, dándole ahora

la ley definitiva. Esta gente que se acerca de la misma manera que el pueblo de Israel se acercó al monte Horeb, todavía no ha hecho la alianza con Dios; quiere escuchar, entender cuál es el mensaje de Dios que quiere proponer, en qué consiste esta alianza.

Subir al monte implica ir o aproximarse al lugar simbólico de la presencia de Dios. Luego dice el texto que Jesús llega al monte y se sienta. Recuerden que estar sentado a los pies del maestro significa aceptar ser su discípulo, y casi siempre los rabinos, los maestros, se sentaban para predicar, mientras los discípulos se ponían a sus pies a escuchar.

Jesús toma posesión del lugar que le corresponde como maestro. Ya decíamos que hay un paralelismo con Moisés, cosas en que se parecen y cosas en que no. Se parecen porque en ambos casos se suben a la montaña para recibir —la montaña es como acercarse al cielo para recibir de Dios el mensaje—, pero hay cosas que no se parecen en el caso de Moisés: el único que sube es él y, de hecho, el pueblo se queda muerto de pánico abajo; incluso, algunos que intentan acercarse quedan fulminados y después la gente le expresa con mucho miedo que “nosotros ya no queremos oír esos truenos, esas cosas, tú ve y arréglate con Dios y nos dices lo que te va diciendo”. En este relato eso cambia: la gente es invitada a subir, suben con Jesús. Esto subraya que con Jesús se acaban las mediaciones, los discípulos entran a la esfera divina, están con él en la presencia de Dios.

Dice el texto que toma la palabra y se pone a enseñar. Es un discurso destinado a los discípulos, pero que escucha también, como destinataria, toda la humanidad. Hay que resaltar que el verbo utilizado por el evangelista es “enseñar”, que no significa “informar”, sino que es algo más profundo. El que enseña informa algo que alguien no conocía, pero además ese *algo* necesita ser aplicado en la propia vida para realizar su cometido. El que enseña capacita a la persona para hacer esa misión, y es lo que Jesús está tratando de hacer con este sermón.

De tal manera que, ser discípulo, significa aprender del maestro para traducirlo en la propia conducta. Ya decíamos que el Reino no

es una verdad abstracta: es una sensibilidad personal, una relación con Dios, una manera de estar en contacto con Dios porque lo que se enseña no son contenidos conceptuales, sino una forma de vivir. Lo que Jesús va a decir es para la inmediata aplicación en la vida de los discípulos, y ofrece datos, pinceladas, notas de lo que significa ser *ciudadano del Reino*.

Llama la atención captar —lo veremos sobre todas las bienaventuranzas— que los mandamientos de la ley antigua eran órdenes imperativas, pero las de ahora ya no son órdenes sino invitaciones. En la nueva Alianza no hay imposición sino invitación. Aquí Dios se despoja de los contenidos propios del soberano del Antiguo Testamento y se convierte en Padre. Como que pregunta: “¿quién quiere entusiasmarse por esta ideal?”. Yo les aseguro que trae felicidad.

El Sermón del Monte comienza propiamente con las bienaventuranzas, es decir, se declara al ciudadano del Reino como bienaventurado, gente feliz. El término griego utilizado es *makários*, que se puede traducir como “feliz”, “alegre”; pero no con esta alegría temporal o superficial, sino alguien con toda la plenitud de su vida, que vive profundamente feliz. Ése es el término que se utiliza para describir las bienaventuranzas.

La primera bienaventuranza dice: “Dichosos los que tienen espíritu de pobres, porque esos tienen a Dios por Rey”; la octava y última de las bienaventuranzas: “Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por Rey”. Es decir, aparece el Reino al inicio, dos veces en la primera y la última de las bienaventuranzas, y subraya que, quienes tienen espíritu de pobres y son perseguidos por su fidelidad, tienen a Dios por Rey, son personas que han acogido a Dios como el centro de su vida, y sobre ellos efectivamente ejerce Él su soberanía, su reinado.

De alguna manera, esta primera y última de las bienaventuranzas son el marco de todas y todo el Sermón del Monte, el cual es el proyecto del Reino de Dios, de lo que sería el mundo si Dios gobernara, si fuera soberano del corazón de todos nosotros. Llama la atención

que en esta primera y octava, el verbo está en presente, ya es una realidad. Los que tienen espíritu de pobres tienen a Dios por Rey, los que viven perseguidos por su fidelidad tienen a Dios por Rey, ya es tiempo presente. El reinado de Dios es una realidad que existe ya, ahora, en la vida de ellos.

Todas las demás bienaventuranzas están en futuro: “Dichosos los que sufren porque éstos recibirán consuelo”; “Dichosos los limpios de corazón porque éstos verán a Dios”. Son realidades que están por venir. A continuación, incluyo todas las bienaventuranzas:

1. *Dichosos los que tienen espíritu de pobres, porque éstos tienen a Dios por Rey.*
2. Dichosos los que sufren, porque éstos recibirán consuelo.
3. Dichosos los sometidos, porque éstos van a heredar la tierra.
4. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados.
5. Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.
6. Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.
7. Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos Dios va a llamarlos hijos suyos.
8. *Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por Rey.*

La primera y la última están en itálicas. Son el marco de todas y están en presente. Los seis interiores están en futuro y forman dos bloques: el primero es de cosas negativas —segunda, tercera y cuarta—, porque no tiene nada de bonito sufrir, estar sometidos, con hambre y sed de justicia —quiere decir que no la estoy viviendo. Luego tres cosas positivas: prestar ayuda, ser limpio de corazón, trabajar por la paz. Esta estructura interna describe en qué consiste el Reino de Dios al que Jesús está invitando a los que están escuchando el Sermón del Monte.

Las primeras tres —segunda, tercera y cuarta— hablan de una situación negativa, dolorosa de la humanidad, y se hace una promesa

que va a remediarla: dichosos los que sufren, porque recibirán consuelo; a los sometidos se les dará la tierra en herencia; a los que tienen hambre y sed de justicia se les saciará, es decir, se les va a hacer justicia. Sufrir, estar sometido y padecer injusticia son situaciones negativas, y hay tres promesas de que estas situaciones se van a remediar.

En cambio, las segundas tres —quinta, sexta y séptima— hablan de actitudes positivas que también tienen una promesa: “Dichosos los que prestan ayuda, porque esos van a recibir ayuda”; “Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios”; “Dichosos los que trabajan por la paz, porque Dios va a llamarlos hijos suyos”.

Las actitudes positivas de los seguidores de Jesús están llamadas a contrarrestar las situaciones negativas del pecado; es decir, los ciudadanos del Reino, aquellos que tienen espíritu de pobres y son perseguidos, porque teniendo espíritu trabajan por transformar el mundo, son los que van a capacitar para encarnar, a facilitar que aquellas situaciones destructivas o deshumanizantes sean convertidas en esperanza.

Termina el texto diciendo *bienaventurados*, es decir, alcanzarán la felicidad plena cuando los injurien, persigan y digan con mentira toda clase de mal por mi causa. Fíjense cómo otra vez Jesús y el Reino vuelven a ser lo mismo: por mi causa, por lo que enseñé, por el estilo de vida que he elegido y les invito que tengan; por el estilo de familia a que les invito formar parte y construyan. No les va a ir bien porque dice: “Alégrese y regocíjense, porque su recompensa será grande en los cielos, pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes”; el juicio del mundo es opuesto al de Dios. Los que siguen el proyecto de Dios encontrarán la felicidad, es lo que dicen todas las bienaventuranzas. Una y otra vez serán felices, plenos con el mensaje que ya describimos.

Para subrayar que ésta es una invitación, después nos dirá cómo va a capacitarnos para vivirlo. Subraya: terminan las bienaventuranzas con aquello de “Ustedes son la sal de la tierra”; ustedes, los que están escuchando, son la sal de la Tierra; es decir, cuando uno se pone

a cocinar un kilo de frijoles, no pone un litro de agua, un kilo de frijoles y un kilo de sal; basta poquito y eso le da sabor a todo. El mensaje de Jesús a esta pequeña comunidad es: “tienen la capacidad de transformar todo, pero tengan cuidado de que no pierdan su sabor”. Si la sal se desvirtúa, ¿de qué nos sirve?, no serviría para nada, más que para tirarse. Y dice: ustedes son “la luz del mundo”, “no puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte ni tampoco se enciende una lámpara y se pone debajo de una canasta, sino en un candelero para que ilumine a todos”. Y termina así esta entrada: “Brille así su luz delante de los hombres para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los cielos”. Una invitación a ser ciudadanos del Reino, transmisores de este mensaje con nuestra vida de testimonio.

Luego sigue la introducción, que es *como* el centro de esta proclamación de la nueva ley. Recordemos que el Evangelio de Mateo, que no tiene Lucas, es quien tiene su Sermón del Monte también; aunque es uno de la llanura, vemos cómo la sensibilidad de los dos evangelistas es muy distinta. En el caso de Lucas, nunca aparece, mientras que en el de Mateo, sí. Como buen observante judío, Jesús termina diciendo: “No piensen que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento”, es decir, a hacer que se convierta en realidad ya no sólo una serie de reglas, sino este cambio, de una serie de instrucciones a una sensibilidad.

La fe cristiana no es una colección de datos sobre Dios, de conceptos sobre Dios, sino una sensibilidad ante el mundo, una “estética”, decía Von Balthasar, uno de los teólogos más grandes del siglo XX. ¿Qué significa?, porque les digo que, si su justicia no es mayor que la de los escribas y los fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos. No se trata de esta observancia miope y un poco acartonada, perfeccionista, de una serie de datos, sino de una sensibilidad que les haga ser hermanos de los demás; que vivan de acuerdo con lo que expresan las bienaventuranzas: preocuparse de aquellos que lloran, sufren, de quienes están sometidos, de los que tienen hambre y sed de justicia.

Tenemos que pasar de una *moral de mínimos*, según la ley de Moisés, a una *ética de máximos* y, para que nos quede claro, viene una serie de expresiones de Jesús que tienen este juego de palabras: “Se les ha dicho, yo les digo”. Los antepasados dijeron: “yo les digo”; o sea, Jesús les está diciendo: *esto sirvió hasta ahorita, ahora empezamos un nuevo mundo*. “Yo les digo”. Y cada cosa que Jesús expresa implica una profundización, una radicalización de lo que el mensaje de la ley de Moisés enseñaba. Han oído que se dijo a los antepasados: “No matarás, y aquel que mate será reo ante el tribunal, pues yo les digo: todo aquel que se encoleriza contra su hermano será reo ante el tribunal”. No necesitas matar a alguien con un cuchillo para matarlo moralmente. Ten cuidado de que no anide en tu corazón esa actitud. Han oído que se dijo: “no cometerás adulterio, pues yo les digo todo el que mira a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón”. Lo anterior es como un resumen de cada una. El primero después dice: *el que le diga a su hermano tonto o lo que sea, recibe un castigo*. En ése del adulterio es donde aparece: *si tu ojo te es ocasión de pecado, arráncatelo*. Te conviene más entrar tuerto al Reino de los Cielos que quedarte afuera.

Focalizar todo en este proyecto de vida, plenitud, hermandad, comunión a la que él nos invita. También se dijo: “El que repudia a su mujer, que le dé acta de divorcio”, lo que Jesús está tratando de decir, que hace también cuando los fariseos le hacen esa pregunta. En la época de Jesús, y en el texto original de la Torá, de los mandamientos como aparecen en este libro, la mujer era como una propiedad del marido. De hecho, si ustedes ven el texto original, los Diez Mandamientos no son los que ustedes y yo aprendimos en el catecismo, porque en nuestra tradición católica quitaron el mandamiento de no hacer imágenes —tiene su sentido, no está mal quitarlo, ya que el séptimo Concilio Ecuménico tiene una expresión bellísima que matiza ese mandamiento de la ley anterior, porque, cuando no teníamos ninguna manera de acercarnos al misterio de Dios, identificar el misterio de Dios como cualquier animal o algo así, era una blasfemia. Pero,

desde la encarnación del hijo de Dios, el rostro humano es la mejor manera de acercarnos al misterio de Dios. De regreso a los Mandamientos, nos dividieron en dos el décimo de la Biblia hebrea: el noveno y el décimo, *no cometerás adulterio, no codiciarás los bienes ajenos*. El original dice: “no codiciarás los bienes de tu vecino, ni su vaca, ni su chivo, ni su terreno, ni su mujer, ni sus árboles”; o sea, la mujer está entre todas las propiedades. Entonces, en esto Jesús les está diciendo: *ten cuidado de tratar a tu mujer como un objeto*, piensa en lo que estás haciendo con ella, piensa en las consecuencias a que la sometes en la ley de aquella época. Han oído que también se dijo a los antepasados: “No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pues yo le digo: no juren de modo alguno”.

Sí es sí y no es no, y todo más allá de eso es obra del mal, del mal espíritu. Han oído: “Ojo por ojo y diente por diente”, “pues yo les digo no resistan al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra”, “al que te pide la túnica, dale también el manto”. “Al que te pide”, está hablando de cosas de esa época. Algunos exégetas sostienen que se refiere a lo que tanto les costaba sufrir a las personas bajo la ocupación romana. Como ahora en la guerra, el Estado puede confiscar; muchas veces, los romanos traían al ejército, y llegaban a un pueblo diez hombres para cargar las cosas que llevaban por 10 kilómetros. Entonces, por eso dice “si te pide una milla, un kilómetro, camina dos”, etcétera.

Finalmente, han escuchado que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo, pues yo les digo amen a sus enemigos y rueguen por los que los persigan para que sean hijos de su Padre celestial que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos”.

En el diálogo interreligioso, esto llama la atención a mucha gente. En ninguna otra religión ha aparecido esto, en ninguna... ¿Amar a los enemigos? En ninguna como enseñanza, no. Es el meollo del mensaje del Evangelio: como tu Padre te trata, así trata a todos los demás, porque no sabes lo que está en el fondo de sus acciones. Como Jesús nos muestra con su último acto, que es su muerte en la cruz, el odio y la



violencia nunca transforman las cosas, sólo el amor las puede cambiar de manera radical.

Estos nuevos mandamientos que les ha dicho, *yo les digo*, cada vez son más y más exigentes hasta llegar al último: “Ama a tus enemigos”. Esto no es algo que se pueda realizar por voluntad, es el dinamismo del que vive el Reino, es decir, si el Padre, el *Abbá*, lo opera en su corazón, es un don, un regalo. Ustedes, pues, sean perfectos como es perfecto su Padre celestial.

En este mismo espacio, el Evangelio de Lucas nos permite subrayar en qué consiste la perfección del Padre de Jesús, porque Lucas dice: sean misericordiosos como su Padre celestial es misericordioso. La perfección del Dios cristiano no es de tipo voluntarista, egocéntrica, narcisista, sino la misericordia; no hay perfección más grande que ésta, y así nos lo revela toda la vida de Jesús.

Después de esta nueva ley, de esta proclamación de la ley que es llevada a plenitud tal cual como dice Jesús, viene una serie de enseñanzas que resumiré enseguida. Pasa Jesús a describir las tres obras de piedad que todo judío religioso, todo aquel que quería quedar bien con Dios, hacía: limosna, oración y ayuno. De hecho, según la Torá, la limosna es un préstamo que haces a Dios, quien no lo va a dejar de tomar en cuenta. Segundo: oración, abrir el corazón, entrar en diálogo, no perder de vista la presencia de Dios en tu cotidianidad. Finalmente, el ayuno, sacrificar algo, salir de tu comodidad para ofrecerle a Dios lo que puedas, y lo que mejor puedes ofrecerle es lo que te cueste. Y, en esta enseñanza, subraya que el ciudadano del Reino, el que vive con Dios como su soberano, no lo hace por ostentación, que en el fondo era la razón por la que lo hacía la mayor parte de las personas, sobre todo los piadosos en esa época.

Les comunica todo en secreto: esto es algo entre tú y tu Padre, no para que te aplaudan, para que alimentes tu ego, sino para que entres en una relación de transmitir el mismo amor que has recibido del Padre. Y termina diciendo: *no se puede servir a dos amos, o sirves a Dios o sirves al dinero.*

Me gusta explicar esto del dinero. Soy ingeniero agrónomo, luego estudié economía y una maestría en economía. En esta disciplina, algo de lo que se estudia es el dinero, que es uno de los más grandes y positivos inventos de la humanidad porque es un medio de alta convertibilidad. Nuestros antepasados intercambiaban las cosas, y eso muchas veces les dificultaba el acceso a lo que necesitaban; si alguien que cultivaba maíz quería comprar pescado, y el que tenía pescado quería intercambiarlo por maíz, pues se quedaba sin nada. Entonces, inventamos el dinero como un vehículo de intercambio, pero, claro, por su alta convertibilidad es el mejor símbolo y representante de nuestros ídolos, de todo aquello en lo que ponemos nuestra confianza que no es Dios.

Por eso el Señor está diciendo: no puedes servir a ningún ídolo —o Dios o tu ídolo. Enseguida viene tal vez la parte más linda (el Sermón del Monte, de las bienaventuranzas), que es este discurso de la Providencia: “Por eso les digo: no anden preocupados por su vida, qué comerán, ni por su cuerpo, con qué se vestirán. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido?”. Luego les habla de las aves del cielo y de los lirios del campo.

Y termina: *por todas estas cosas ya se afanan los gentiles, pues ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso, tú no te preocupes*. Si tú no has encontrado todavía a Dios como *Abbá*, es natural que te preocupes; pero cuando te encuentras con Dios como *Abbá*, ya no tienes nada de qué preocuparte, Él se ocupa de todo, de todo para ti. Y viene el final: “Busquen primero su Reino, el Reino de Dios y su justicia, que es de Dios divina y todas esas cosas se les darán por añadidura”.

Todo el Sermón del Monte es eso: busca primero el Reino de Dios, busca primero que Dios sea el soberano de tu vida, platica con Él, convive con Él, entérate quién es. No es el patrón, no es el capataz, el juez, es tu Papá; acércate, conócelo; por eso es primero, busca primero que Dios sea el soberano de tu vida, que en tu vida sea un referente permanente, constante, confiado, íntimo, todo lo que eso significa y que Jesús nos dice una y otra vez cuando habla de su Padre.

Y la segunda parte, la justicia divina, el término griego es *dikaio-síne* y se traduce como “justicia”, pero a veces se nos olvida que en castellano “justo” y “justicia” tienen dos significados, dos acepciones. Uno es legal: “éste me pegó”... “Ah, bueno, por justicia le vamos a pegar porque te pegó”; jugamos a poner las cosas en su lugar. Hay justicia distributiva, justicia retributiva, etcétera. Pero también en nuestro lenguaje se habla de “justo” y “justicia” cuando las cosas son lo que deben ser; por ejemplo, alguien que te regale una sorpresa, la abras y digas honestamente: “Y esto es justamente lo que yo quería”; “Eso es justo lo que yo necesitaba”. El término griego es igual, y de esta justicia está hablando. Jesús dice: acércate a tu Padre, deja que Dios sea tu Papá y que Él te guíe a ser justamente lo que estás llamado a ser. Ésa es la justicia divina, no que busca primero la justicia divina: *bueno, ¿a quién le tengo que pegar?, ¿quién es culpable? Aquí o ahorita voy a poner las cosas*. No es eso lo que dice el Evangelio. Encuéntrate con Dios como tu Padre y déjale hacerte justo lo que tú debes de ser. Su amor te va a transformar, su presencia, su dinamismo; vas a querer que tu vida sea algo nuevo, lo que está llamada a ser. Eso es buscar el Reino de Dios y su justicia divina.

Dice inmediatamente: “No juzgues, para que no seas juzgado”. ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no te das cuenta de la viga que hay en el tuyo? Deja de juzgar a los demás. Ningún ser humano, no digamos cristiano, tiene derecho a juzgar a las demás personas. Nadie tiene derecho a juzgar a otra persona. Porque juzgar a una persona implica juzgar sus motivaciones, y yo no sé de dónde vienen. Si me hubiera tocado vivir su vida, quizás estaría igual o peor... O sea, es imposible, es un absurdo. Pero no solamente tenemos el derecho sino el deber de juzgar las acciones; eso sí. No es lo mismo decirle a alguien: eres un mentiroso, que decir: “eso que dijiste es falso, eso es una mentira por esto y esto”. “¿Me estás diciendo mentiroso?”... “¿En qué momento te dije mentiroso? Te dije que lo que dijiste es mentira, allá tú si consideras que sistemáticamente, y que lo más íntimo de ti mismo es decir mentiras, pues qué pena”.

Lo que subraya el Señor es que no puedes nunca juzgar a la persona, eso solamente lo conoce Dios. Pero sí tienes la obligación, no sólo ésta, sino el derecho de juzgar las *acciones*, aquellas que no están de acuerdo con la voluntad de Dios.

Segunda enseñanza: “No den a los perros lo que es santo, ni echen sus perlas a los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas y después, volviéndose, las despedacen”. Qué curiosa enseñanza. Me encanta la explicación que dan los padres de la Iglesia, que es muy cierta: el Reino de Dios no se predica igual en todos lados. Ellos explican esto siguiendo la antropología paulina. San Pablo sostiene que el ser humano tiene cuerpo, alma y espíritu, o cuerpo, mente y espíritu (esto es por la traducción *soma, nous y pneuma*); y dice que hay gente que vive desde el cuerpo, son somáticos, todo lo van a interpretar desde el cuerpo, de una manera instintiva, reactiva. Hay otras personas que ya maduraron, se dieron cuenta de que la vida no sólo son los instintos, sino que hay calidad de vida, reglas y elementos que facilitan la convivencia. Ésos ya no están a nivel somático meramente corporal sino psíquico; no son reactivos sino proactivos. Y, finalmente, las personas que ya han madurado más y descubren el elemento de la gratuidad, viven desde el espíritu. Los padres de la Iglesia sostienen que el sermón del Señor es para personas que lo entienden desde una perspectiva espiritual *pneumática*. Todos hablamos el mismo español, la misma lengua, pero no toda la gente me oye igual. Si digo: “Busca primero el Reino de Dios y su justicia divina”, no toda la gente lo va a interpretar de la misma manera; los padres de la Iglesia dicen: *ten cuidado de que si predicas este mensaje a alguien que no tiene la madurez para entenderlo, va a utilizar tus palabras mal y contra ti, contra ti*. Se va a volver contra ti y va a despedazarte porque no ha tenido una catequesis para entender lo que estás diciendo, lo va a interpretar desde su manera de entender las cosas —que me parece una bastante y buena explicación. Luego invita a la oración: “Pidan y se les dará, busquen y hallarán, llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abre”. Ahí

está inserto el Padre Nuestro, otro de los resúmenes en el Sermón del Monte de lo que significa el Reino de Dios.

Siguen las enseñanzas: “Por tanto, todo cuanto quieran que les hagan los hombres, háganselo también ustedes a ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas”. Esto es lo que en todo el mundo se llama *la regla de oro*: “No hagas a otros lo que no te gusta que te hagan a ti”. Es el centro de toda educación; a cualquier niño le tiene que quedar claro: si no te gusta que te lo hagan, no se lo hagas a otro. Pero, fíjense cómo de la *moral de mínimos* pasamos a la *ética de máximos*: no es un hagas: ¡haz! ¿Cómo te gustaría que los demás te traten? ¡Haz eso! ¿Cómo te gustaría que tus amiguitos te traten? Bueno, haz eso a los demás. Ésa es la Ley y los Profetas.

También tenemos la siguiente enseñanza que es muy bella: “Entren por la entrada estrecha, porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición...”; mas, ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida! Aquí, nuevamente, me recuerda otra vez el relato de *no tires las perlas a los puercos porque las van a pisotear* y todo se va a echar en tu contra. ¿Cuántas interpretaciones farisaicas desde este texto? La puerta está estrecha: nosotros, los perfectos, no cometemos ningún pecado, todo lo hacemos bien... La patrística lo interpreta exactamente al revés. Todos los padres de la Iglesia dicen que esto describe la actitud de las personas. ¿Qué es la puerta estrecha? Para entenderlo, me gusta el ejemplo de *Tom y Jerry*. ¿Se acuerdan del gatito y el ratoncito? Cuando Jerry hacía una travesura, empezaba corriendo del gato y se metía en su huequito, en su ratonera, y el gato llegaba y se daba un trancazo. Bueno, los padres de la Iglesia explican: *fíjate lo que dice aquí, porque si tú vives con un ego inflado de soberbia y te inflas desde tu soberbia, no vas a entrar por la puerta del Reino, que es chiquita*. En cambio, si eres una persona humilde, sencilla y vives como niño chiquito, vas a entrar sin problemas por la puerta del Reino.

Y termina diciendo: “Guárdense de los falsos profetas”. Fíjense qué oportuno ante todo lo que hemos dicho ahora: “que vienen a us-

tedes con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces”; y nos da la clave fundamental: “Por sus frutos los conocerán”, no por el rollo. Ve cómo viven, cómo te tratan. ¿Qué te transmiten? ¿Te transmiten a *Abbá* en su mirada, sus palabras, sus acciones, su estilo de vida, su testimonio? ¿Transmiten todo lo que hemos dicho hasta ahora? Ah, bueno, pues hazle caso; si no, independientemente del discurso, son falsos profetas y punto. Y para que no nos quede duda, agrega: “No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial”. La voluntad del Padre Celestial es que amemos, ya lo dijo desde el inicio hasta ahora: “Muchos me dirán aquel día: *Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?* Y entonces, les declararé: ¡Jamás los conocí, apártense de mí, agentes de iniquidad!”.

Y termina con el relato de la parábola de la roca: “Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca”. Y por eso la vida puede hacerte lo que quiera y tú permanecerás incólume, sostenido por el amor de Dios que irradia hacia los demás. Pero si tomas la actitud de la ley pervertida, como se presentaba en la época de Jesús, oyes estas palabras de Jesús, el mensaje del Reino, del Reino de su *Abbá*, y no las pones en práctica. Y los que no las ponen en práctica son los que disfrazados de oveja son lobos y no actúan, no transmiten, no irradian esta misericordia de Dios. Ésos son como los que edifican su casa sobre la arena y, al final, cuando vienen los problemas, se cae.

Cuando Jesús acabó estos discursos, la gente quedaba asombrada de su doctrina porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. ¿En qué consiste esa autoridad? Nadie le dio un certificado... La autoridad de Jesús venía de su convicción, es decir, no estaba hablando de un *rollo*; como decimos nosotros, no era un *choro*, sino que estaba hablando de lo que quería, claro, claro. Esa autoridad es la que hacía que la gente de la época —con la sensibilidad para entender lo que él les estaba transformando— acogiera su

mensaje. Recordemos que el mensaje de Jesús es el Reino. Éste no es su lugar, es una manera de ser, una sensibilidad, una relación con Dios que se traduce en “dejarme amar por Dios y transmitir ese mismo amor a la gente que nos rodea”. Y lo otro que Jesús expresa es la salvación, que depende de acoger ese amor o cerrarte a éste, entablar una relación interpersonal con Dios y así ser salvado, o cerrarte a esta relación interpersonal y tú mismo condenarte por tu dureza de corazón.





---

## JESUCRISTO COMO SIERVO DE YAHVÉ

La misión de Jesús se centraba en proclamar que Dios estaba cerca de la humanidad y que era Padre. Es el centro de su Buena Noticia, que se traducía en el concepto de Reino de Dios, que significa básicamente un estado, no un lugar, sino una manera de ser o vivir centrado en esta relación de comunión con Dios que se acerca a la humanidad, así como Padre. El mensaje de Jesús transmitía una novedad en esta relación hacia Dios y, más aún, subrayaba la relación de Él hacia los seres humanos. Maestro, y no siervo, es el título con el que más se describe a Jesús en los Evangelios. Treinta veces se usa el nombre o epíteto de maestro para describir a Jesús. Sus discípulos, sus contemporáneos, lo veían sobre todo como un *rabí*, un maestro, pero no de aquellos que fundaban su autoridad en citas de autores de la antigüedad. Los textos del Evangelio, una y otra vez, subrayan que Jesús enseñaba con autoridad. Y todos los Evangelios, los tres sinópticos y el de Juan, coinciden en que sus palabras, sus dichos, eran su propia autoridad; jamás cita a nadie, si acaso a la Sagrada Escritura. Esta autoridad provenía de su experiencia de cercanía con Dios como Padre, que él mismo transmitía por la convicción con la que exponía los distintos temas que les presentaba a sus oyentes.

Llama también la atención que Jesús no debate en los Evangelios: expone esta verdad de que Dios es un Padre cercano, que todos estamos invitados a vivir en esta comunión, la cual es ese estado que describe como Reino de Dios, es decir, la soberanía de Dios en la vida de todos. Él no debate, expone esa verdad y espera que sus oyentes se decidan por aceptarla o no; ellos deben tomar esa decisión. Ejemplos de este tipo de enseñanza son los dichos como “amén, amén”. Amén viene de una expresión hebrea que significa “verdad” o “cierto”; por lo tanto,

en los Evangelios se suele traducir como “en verdad”, “en verdad les digo”; nosotros diríamos: “esto que les voy a decir es cierto”, y así lo escuchaba la gente, era expresión idiomática de la época que nos suena un poco rara cuando la leemos en los Evangelios, pero, lo que está diciendo, es “lo que les voy a decir ahorita es verdad”, y es una aseveración poco común en su época. Nuevamente, subraya esta autoridad con la que enseñaba. Tampoco podemos decir que su autoridad provenía de un ego inflado, sino de esta fuerza de la experiencia y convicción de que Dios es un Padre amoroso, interesado por nosotros y, lo que no es una novedad, pero sí un énfasis en su enseñanza de que el interés de Dios es principalmente por los pequeños e indefensos.

Jesús se pone aquí dentro de la tradición profética de Israel, donde subraya que viene a corregir aquello que ha sido un abuso en la interpretación de la ley. En esa expresión programática del Reino que es el Sermón del Monte, cuántas veces —creo que son seis o siete enseñanzas que pone—: “Se les ha dicho”, “Pues yo les digo” y “Se les ha dicho”, era la interpretación común de la ley en la época de Jesús. Luego da su propia interpretación: “Pues yo les digo”, “Se les ha dicho que amen a sus amigos y odien a sus enemigos”, “Pues yo les digo amen a sus enemigos. Oren por aquellos que los persiguen”.

Ya los profetas habían hablado de este interés de Dios por los necesitados. Podemos pensar sobre todo al profeta Amós —también Isaías y otros profetas—, pero Jesús lo retoma con una fuerza especial, quien se pone en línea con la enseñanza profética como correctiva de los abusos de interpretación de la ley. Como se ha comentado, el centro de su enseñanza es precisamente este amor infinito e indiscriminado de su Padre por todo ser humano. Aquí parece que se separa de nuevo un poco de la enseñanza de su época, ya que se veía que Dios se acercaba a los pequeños, pero sobre todo a los que vivían en consonancia con lo que pedía o esperaba; y el mensaje de Jesús es abierto para todos, inclusive para aquellos que no vivían de acuerdo con las prácticas de la ley propias de su época. Por eso, la instrucción fundamental de Jesús es el amor de Dios y al hermano y la herma-

na. Este amor ya estaba presente en la *Shemá*, en esta oración básica del judío: recuerda Israel que el Señor es tu único Señor, “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...”. Y el Levítico, en el que se nos invita a amar al prójimo como a uno mismo. Lo novedoso es que Jesús hace estos dos mandamientos equiparables y correspondientes; no puede existir uno sin el otro.

Jesús presenta estos dos como compendio y criterio fundamental de toda la Ley y los Profetas. Por lo tanto, lo fundamental en su enseñanza no es saber cuál es el mandamiento más grande, sino vivirlo. En uno de los relatos paradigmáticos, tomado del Evangelio de Lucas, el del buen samaritano, cuando el maestro de la Ley pregunta a Jesús cuál es el mandamiento fundamental, él le pregunta: ¿y tú qué lees? ¿Cuáles son los que descubres? Cuando le cita estos dos que acabamos de decir, Jesús le dice: “ve y haz tú lo mismo”. Así, el llamado a amar no está circunscrito a la familia o la nación, ni siquiera a la religión; por eso esta parábola del samaritano, que es paradigmática: mi prójimo es todo aquel en necesidad a quien puedo prestar o dar una ayuda, y se presenta a Dios actuando así. El amor a Dios ha de concretarse en un amor similar al prójimo.

Esta insistencia en la naturaleza absolutamente no discriminante del amor dentro del Reino es la perspectiva dominante de toda la enseñanza de Jesús, que lo pone en conflicto con muchas de las autoridades de su época. Una novedad en la enseñanza de Jesús, no presente anteriormente, es la invitación a amar a los enemigos, orar por los perseguidores.

Esta invitación de Jesús confronta la actitud sectaria prevaleciente en el judaísmo de su época. Amar a los enemigos mostrará que el creyente ha crecido para ser perfecto; así lo dice Mateo. Lucas dice “misericordioso”, como el Padre celestial es perfecto, es decir, misericordioso, y Jesús cita como prueba de que ésa es la actitud propia del Padre porque Él hace que el sol salga sobre buenos y malos y que llueva sobre buenos y malos. Él está diciendo: mi Padre es así, el Padre es así, todos estamos llamados a tener esta misma actitud.

Otra enseñanza fundamental de Jesús es esta reconciliación que significa el regreso a la comunión. El amor está centrado en la comunión, por eso no se cierra a la comensalidad, por ejemplo, acoger en la mesa, en su cercanía, a todos, incluidos aquellos que estaban segregados tradicionalmente por las costumbres de pureza de Israel. La reconciliación es el proceso de sanación mediante el cual somos reintegrados a la comunión, por lo que el mandamiento del amor se traduce en una invitación al perdón sin límites. Conocemos de memoria el texto de Pedro cuando se acerca a Jesús y le pregunta sobre el perdón: cuando mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le debo perdonar? ¿Hasta siete veces? En esto, Pedro como que “se está parando el cuello”: todos los textos rabínicos de la época establecen como práctica común que se debe perdonar a alguien hasta cuatro veces, y Pedro dice: bueno, hasta siete veces, y Jesús se va al infinito, entonces dice: “hasta setenta veces siete”. En otras palabras, el perdón se debe vivir permanentemente. La insistencia de Jesús de que el amor expresado como respuesta práctica a una situación de necesidad era la esencia de la fidelidad religiosa, confrontó a Jesús con la autoridad judía de su época, que ponía la fidelidad sobre todo en el cumplimiento de la Ley; y vemos tanto en los sinópticos, pero sobre todo en la descripción programática de Juan, cómo Jesús una y otra vez entra en conflicto con las autoridades cuando, por ejemplo, tiene que decidir entre una práctica de la Ley, como es el descanso del sábado, o hacer una obra de amor, una sanación.

Jesús coloca el amor por encima de las prescripciones de la Ley; es su mandamiento prioritario. Jesús observaba, desde luego, al sábado como un tiempo de genuino descanso y reverencia a Dios, pero no dejaba que esta práctica ni cualquier otra interfiriera en una obra concreta de amor al prójimo. Para él, ése era el centro y fue entendiendo que era lo que su Padre le pedía transmitir, incluso cuando lo situaba en una dirección de confrontación con las autoridades de su época.

Jesús tampoco mantenía a ultranza las prácticas de purificación que podrían servir para ocultar un corazón duro en una nube de auto-

justificación; aquellos que se sentían superiores a los que, por la vida o lo que fuera (situación de trabajo, etc.), no podían mantener estas prácticas de pureza ritual. En varias ocasiones subraya —y recuerden que cada vez que él habla siente que está transmitiendo el mensaje del Padre— la sentencia del Padre ante la práctica religiosa de su época. Para él, la integridad estaba basada en la respuesta activa a las demandas que nos presentaban el amor y la compasión. Ésa es la integridad, no la pureza ritual, no el mantener las prácticas de pureza, sino el corazón que se acerca al hermano necesitado. Esto definía la auténtica pureza a los ojos de Dios.

Por lo tanto, más que una moral legalista, Jesús abogaba por una integridad en la caridad, y eso marcaría la auténtica fidelidad del creyente. Jesús subrayaba que él transmite lo que ha recibido existencialmente de su Padre. Juan lo incluye en esta frase de su oración en la Última Cena: “Como el Padre me ha amado, así los he amado. Permanezcan en mi amor”. Es decir, esta actitud de un Padre que acoge a todos, especialmente a los más necesitados y alejados, es lo que Jesús se siente invitado a transmitir. Su vida era una permanente obediencia a lo que implicaba esta experiencia de cercanía amorosa al Padre. Una y otra vez vive en esta confrontación: quedo bien con las autoridades o las mismas expectativas de la gente y de mi grupo, o hago lo que el Padre me pide, aunque eso me traiga un conflicto; sobre todo, predicar las consecuencias de esta revelación en la vida diaria de los hombres y las mujeres.

Las palabras y, por lo tanto las acciones de Jesús, son congruentes con su experiencia de Dios como compasivo y misericordioso, que quiere de los que lo siguen, de los que están en comunión con él, de los ciudadanos del Reino, es decir, de los que viven desde esta actitud propia de vivir en cercanía con Dios: la misericordia más que los sacrificios. Jesús busca —así nos lo presentan también los Evangelios— momentos importantes de encuentro silencioso con su Padre. Él es un hombre de oración —entendida como comunicación íntima con Dios— y también de discernimiento —de búsqueda de la volun-

tad de su Padre para poder asumirla. Tenemos pocas referencias al contenido de la oración de Jesús más allá de lo que nos transmiten algunos relatos del Evangelio. Algo que sistemáticamente nos comunican es que Jesús, en esos espacios de encuentro con el Padre, percibe cuál es su voluntad y después la aplica. Por ejemplo, cuando llama de entre sus discípulos a aquellos que les dará el título de apóstoles, los doce, con el significado simbólico que eso tenía.

Jesús también toma otras decisiones. Por ejemplo, el cambio de su trabajo en los primeros meses —si no es que años de su vida pública, que fue siempre a grandes multitudes— cómo lo cambia después al seguimiento de grupos más pequeños, a la formación de discípulos más cercanos. Parece que de manera sistemática Jesús, en ese diálogo con su Padre, va entendiendo cuál es su voluntad para vivirla.

Es muy significativo un pasaje de Mateo 11: 25-27, que nos presenta el contenido de la oración de Jesús, común a todos los sinópticos: “En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra dijo: ‘Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tú beneplácito’”. Otros dos contenidos de la oración de Jesús, uno es la teofanía, este espacio de encuentro con el Padre en el bautismo. Recordemos que los sinópticos registran dos teofanías, dos momentos cuando el Padre habla. Uno es en el bautismo en el que habla a Jesús: “Tú eres mi hijo amado en quien tengo mi complacencia, mi alegría”; la otra es en la transfiguración, que para nosotros es: “Éste es mi hijo amado, escúchenlo”. De esta primera teofanía del bautismo —pues seguramente él compartió eso con los discípulos— de sentirse hijo amado del Padre, y tendría mucho que ver con el contexto en el que Jesús estaba viviendo su bautismo. Y la otra, el otro espacio en que sabemos el contenido de la oración de Jesús, son los relatos de su oración en Getsemaní. Esos dos y este son los tres atisbos que, casi siempre cuando los sinópticos dicen que Jesús se fue a orar, inmediatamente después viene una

decisión fuerte en su vida. Eso nos va a servir de marco para ver cómo esta intuición de su vocación como siervo de Yahvé tiene una parte fundamental en su vida y en sus últimas decisiones.

Un amor que es generoso sin medida, que perdona, es tolerante, que encuentra una satisfacción profunda en la reconciliación; así es el amor del *Abbá* de Jesús, y ése es el amor con que Jesús ama a sus contemporáneos, invitándonos o invitándonos a amarse unos a otros siguiendo ese ejemplo. Los Evangelios también nos presentan a Jesús acudiendo una y otra vez a la sinagoga como práctica propia de un judío observante; igualmente, acudiendo al templo para las grandes fiestas —es el espacio donde predica una buena parte de sus enseñanzas. Los Evangelios nos lo presentan como alguien que arde en celo por la casa de su Padre. Es muy probable que, de esta profunda reflexión de la Sagrada Escritura, obtuvo una idea clara de su misión como siervo de Yahvé, es decir, aquel que asumiría el pecado de su pueblo para redimirlo. En el tercer Isaías aparece esta profecía: “El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé. A anunciar la Buena Nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos la liberación y a los redimidos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahvé, día de venganza de nuestro Dios”. Lo retoma Lucas casi palabra por palabra. Esta intuición de que Jesús va viendo cada vez con mayor contundencia su vocación de ser el siervo sufriente de Yahvé, está recuperada en Lucas en la lectura que hace en la sinagoga de Nazaret, al inicio de su vida pública; según el Evangelio de Lucas, lo repite todo, aunque curiosamente deja fuera lo de la venganza —lo cual está tomado de Isaías 61. En el segundo o tercer cántico del siervo de Yahvé, aparece por primera vez: “Éste es el ungido para liberar a los cautivos, para transmitir una vida nueva”. Termina esta lectura o perícopa del Evangelio de Lucas, en la que se dice que en Jesús esto llega a la plenitud: “Esta escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy”, es decir, en mí, en mi persona esta consagración de Yahvé para poder servir al pueblo a través de una Buena Noticia, proclamando la liberación de

los cautivos, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos y el año de gracia se concreta en Jesús.

Vamos a revisar brevemente los cuatro cánticos del siervo de Yahvé del segundo Isaías. A continuación, la cita completa. El primer cántico dice así:

He aquí mi Siervo, a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre Él: dictará ley a las naciones. No vociferará ni alzará el tono y no hará oír en la calle su voz. No quebrará la caña resquebrajada y no apagará la mecha que humea. Lealmente hará justicia; no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho.

Subrayó características importantes y un poco raras, de perplejidad sobre la manera como este siervo realizará la misión a la que Yahvé lo envía. Aquí el primer cántico enfatiza su estilo que, desde luego, ha sido y es impulsado por el espíritu de Yahvé, como lo vemos en el primer versículo; pero su estilo no es imponer, no es de poder, no vociferará ni alzará el tono, no hará oír en la calle su voz, no quebrará la caña resquebrajada ni apagará la mecha que humea. Al final de ese cántico, dice:

Yo Yahvé te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas.

Este séptimo versículo nos vincula a toda esta intuición, que es la propuesta que les traigo ahora, que Jesús va entendiendo, y finalmente concreta, en las decisiones del final de su vida.

El segundo cántico dice lo siguiente:



¡Óiganme, islas, atiendan pueblos lejanos! Yahvé desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió; hízome como saeta aguda, en su *carcaj* me guardó. Me dijo: “Tú eres mi siervo, en quien me gloriaré”.

Es de notar cómo va cambiando la temática y está presente en el desarrollo temático, desde luego, de los Evangelios sinópticos; de alguna manera también en Juan, pero cómo parece que describe esta toma de conciencia de Jesús, cada vez más de acuerdo con su vocación.

El primer cántico nos vincula a su discurso de Nazaret, el primero según Lucas en que se presenta como aquel que va a traer la vista a los ciegos, etcétera; su predicación pública en Galilea y ante las autoridades religiosas. Su boca como una espada afilada para desenmascarar esta visión poco vinculada al verdadero Dios, y no esa interpretación errónea de la Ley y Jesús, se convierten como en saetas, flechas que van a atacar o exponer la falsedad de esta enseñanza. Un poco más adelante, en el versículo 6 de este segundo cántico: “Poco es que seas mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob, y de hacer volver los preservados de Israel. Te voy a poner por luz de las gentes”; es decir, de toda la humanidad, “para que mi salvación alcance hasta los confines de la Tierra”. Así expresa Yahvé que rescata Israel, el Santo suyo, a aquel cuya vida es despreciada y es abominado por las gentes, al esclavo de los dominadores: “Te verán los reyes y se pondrán de pie, y los príncipes se postrarán por respeto a Yahvé, que es leal, al Santo de Israel que te ha elegido”.

El segundo cántico no sólo lo presenta así, con este dinamismo de denuncia, de una voz fuerte, voz de Dios que quiere apuntar cuál es su verdadero proyecto, sino que introduce esta apertura a los gentiles, es decir, este siervo de Yahvé no sólo asume —como veremos en el tercer y cuarto cánticos— sobre sí los pecados de su pueblo, sino de toda la humanidad en un proceso de redención. La decisión de ir a Jerusalén a enfrentar la muerte, Jesús la toma en el extranjero, refu-

giado con sus discípulos en Cesárea de Filipo y, cuando encuentra en la mujer cananea, una mujer pagana, alguien que tiene fe en él, que lo reconoce como capaz de liberarla; en este caso, su hija poseída por un mal espíritu, lo que empata con lo que estamos viendo en esta progresión de los cánticos del siervo.

Y esto nos lleva al tercer cántico:

El Señor Yahvé me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos; el Señor Yahvé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salvavos.

Vemos de nuevo esta progresión, que después hallamos en los relatos evangélicos, de lo que lleva a Jesús a encontrar su muerte, percibiendo que toda esta profecía está encaminada a él y a su vida. El Señor le pide algo mañana tras mañana: “Despierta mi oído”.

Los Evangelios nos presentan a Jesús escuchando en la mañana, en oración, lo que su Padre le va pidiendo y, eventualmente, Yahvé le abre el oído para pedirle esta entrega redentora de su vida por la vida de los demás, que le lleva a ofrecer sus espaldas a los que lo golpean, las mejillas a los que mesaban su barba, no ocultar su rostro a los golpes y salvavos.

Sigue el tercer cántico, versículo 7:

Pues que Yahvé habría de ayudarme para que no fuese insultado, por eso puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado. Cerca está el que me justifica, ¿quién disputará conmigo? Presentémonos juntos, ¿quién es mi demandante? ¡que llegue a mí! He aquí que el Señor Yahvé me ayuda, ¿quién me condenará? Pues todos ellos como un vestido se gastarán, la polilla se los comerá. El que de entre vosotros tema a Yahvé oiga la voz de

su Siervo. El que anda a oscuras y carece de claridad confíe en el nombre de Yahvé y apóyese en su Dios.

Termina este cántico diciendo que el Siervo, ante aquellos que lo juzgan y están juzgando, tiene esta actitud de poner la cara como pederzal sabiendo que Dios que lo justifica es el que lo va a sostener. Está listo a responder aquello que le demande. Él será el que lo ayude. Él no lo va a condenar. Él es el que lo va a sostener. Vuelve a repetirse aquello de que está ahí para llevar luz a los que están a oscuras: el que anda a oscuras y carece de claridad confía en el nombre de Yahvé y apóyese en su Dios.

Esto nos lleva al cuarto cántico, el que se conoce como el del Siervo sufriente: “He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera”. La manera como la Iglesia primitiva interpreta, vive, experimenta la muerte de Jesús y los paralelos que establecen los textos proféticos, entre ellos éste: cómo el siervo es uno sufriente y desfigurado. Aquel que fue levantado, ensalzado, no quiere decir necesariamente que fue alabado, sino que fue levantado en la cruz; así lo interpreta la tradición de la Iglesia primitiva. Trae como consecuencia el asombro de muchos:

—pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana— otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán, y lo que nunca oyeron reconocerán.

Ésta es la presentación del cuarto cántico, y sigue:

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé, ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabor de dolencias, como uno

ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta.

Aquí está el centro de este mensaje del rol del Siervo como Redentor, palabra que etimológicamente significa “rescatador”; el que rescata a los que están cautivos, pero, claro, cuando se rescata se paga un precio, lo que se necesita para liberar a la persona: es el centro de este mensaje de Jesús como Siervo, y cómo entiende su vida como siervo de Yahvé. “Y con todo”, después de que describió que estaba desfigurado, etcétera.

¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz y con sus cardenales hemos sido curados.

Es decir, con sus heridas han sanado nuestras heridas. “Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros”. Entonces, enfatizar en este cuarto cántico este papel del Siervo como aquel que aligera su carga a los demás, asumiendo sobre sí las consecuencias de su pecado, de su dureza de corazón. Sigue el texto:

Fue oprimido y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.

Y concluye el cántico, con el triunfo del siervo:

Mas plugo a Yahvé quebrantarle con padecimientos y él ofreció su vida como sacrificio por el pecado. Por esto verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos.

Vuelve a destacar esto de la muerte expiatoria o redentora:

Y las culpas de ellos Él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando Él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes.

Así terminan los cánticos de Yahvé, del siervo de Yahvé.

<b>Temas</b>	<b>Mateo</b>	<b>Marcos</b>	<b>Lucas</b>
Contexto	La Iglesia, primicias del Reino de Dios	Los viajes de Jesús fuera de Galilea	Ministerio de Jesús en Galilea
Profesión de fe de Pedro	Profesión de fe y primado de Pedro (16:13)	Profesión de fe de Pedro (8:27)	Profesión de fe de Pedro (9:18)
1er Anuncio de la Pasión	Primer anuncio de la Pasión (16:21)	Primer anuncio de la Pasión (8:31)	Primer anuncio de la Pasión (9:22)
Condiciones para seguir a Jesús	Condiciones para seguir a Jesús (16:24)	Condiciones para seguir a Jesús (8:34)	Condiciones para seguir a Jesús (9:23)
La Transfiguración	La Transfiguración (17:1)	La Transfiguración (9:2)	La Transfiguración (9:28)

La tabla anterior nos presenta, podríamos decir, el preámbulo de la muerte de Jesús en Jerusalén. Una de las cosas que llama la atención es que, en todos los textos sinópticos, está casi palabra por palabra y en la misma secuencia. Ya hemos visto que, aunque tienen temas en común y cosas parecidas, cambia el orden en que los colocan, lo mismo que el énfasis de uno u otro autor de acuerdo con la intención de cada evangelista; pero esta secuencia del anuncio de la Pasión es idéntica en los tres sinópticos, lo cual, como decíamos al hablar de que lo primero que se escribió en los tres Evangelios fue el relato de la Pasión, en los cuatro evangelios fue el relato de ésta, y sobre ese núcleo se fue pegando lo demás. Claro, como esto es el preámbulo de la Pasión, era muy importante mantenerlo y presentarlo para entender lo que vendría después. En la estructura programática de los tres evangelios —que es lo que presento en un primer momento—, el contexto del anuncio, del primer anuncio de la Pasión, varía. Mateo lo incluye en su discurso de la Iglesia como primicias del Reino de Dios; Marcos, en los viajes de Jesús fuera de Galilea; y Lucas, en el ministerio de Jesús en Galilea.

Quizá el texto de Marcos sea el más cercano al original; por eso seguramente se da en este tiempo que Jesús vive exiliado con sus discípulos. ¿En qué consiste este contexto? Es evidente que cuando la prédica de Jesús y su fama van creciendo en Galilea, llama la atención de Herodes Antipas, quien un poco antes había eliminado a Juan el Bautista porque se había convertido en una molestia para él y, sobre todo, para su esposa Herodías. Ella lo odiaba con pasión, como vemos en el relato del Evangelio. Pero el mismo Evangelio dice que algunos escribas se acercan a Jesús y le dicen: “Vete, porque Herodes te está buscando para matarte”. Y Jesús les dice: todavía voy a seguir aquí un tiempo y díganle a ese zorro, etcétera. Pero inmediatamente después, toma al grupo pequeño de sus seguidores, los discípulos más cercanos, y abandona Galilea, el territorio de Herodes.

Su primer destino es Sirofenicia, y ahí está ese texto del encuentro de Jesús con la mujer de ese lugar, con aquella frase terrible, tremenda.

Los discípulos le comentan que la mujer lo sigue y le grita que cure a su hija, hasta que ellos le dicen: “Hazle caso porque se está juntando la gente, se van a dar cuenta de qué está pasando aquí”; Jesús expresa aquella frase dura: “No se debe utilizar la comida de los hijos para dársela a los perros” —una expresión común en la época de los judíos a quienes no eran judíos. La respuesta de la mujer: “Pues sí, Señor, tienes razón, pero inclusive los perritos comen lo que cae de la mesa de los hijos, las migajas que caen de la mesa de los hijos”. Según el texto, Jesús queda asombrado y les expresa que en Israel no ha encontrado una fe como ésa. Sana a la hija de la Sirofenicia e inmediatamente después los Evangelios nos ubican a Jesús trasladándose al reino del hermano de Herodes, que tiene un nombre que parece trabalenguas: Traconítide. Allí gobierna Filipo, y Jesús va a su capital con sus discípulos.

También está el contexto de la multiplicación de los panes, de los fariseos que piden un signo, de lo que les dice el Señor a sus discípulos: que se cuiden de esta levadura de los fariseos. Luego viene la profesión de fe de Pedro en Cesárea de Filipo. Jesús viene de la experiencia fuerte de escuchar que fuera de Israel se le reconoce como Mesías —una de las referencias importantes del segundo cántico del siervo: “No basta con que seas un mensaje para Israel, yo te enviaré a todas las naciones”. Allí Jesús pregunta a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo?, y escucha lo que le responden. Finalmente, les cambia la pregunta: ¿Quién dicen ustedes que soy yo? Y quien contesta es Pedro; viene la profesión de fe de Pedro. Observen las diferencias en los tres Evangelios sinópticos, todos dicen que Pedro contesta: ¿Quién dicen ustedes que soy yo?: “Tú eres el Cristo, el hijo de Dios”; Marcos: “Tú eres el Cristo”; Lucas: “El Cristo de Dios”.

Es muy probable que en este espacio de compañía de sus discípulos, en un momento de oración, en un diálogo con su Padre, Jesús percibe, siente, entiende, que el Padre le pide seguir adelante en ese camino propio del siervo de Yahvé que acabamos de ver. Y, por eso, enseguida de esta confesión de fe de Pedro en Cesárea de Filipo, vie-

ne el primer anuncio de la Pasión que, como se observa, casi está palabra por palabra en los tres Evangelios sinópticos.

Es la primera vez en su vida que Jesús habla de la Pasión. Algo ocurrió en el diálogo con su Padre, en su manera de entenderse a sí mismo, en lo que siente que Dios le pide. Tan es así que ya no sólo vuelve a Galilea, donde sabía que había la posibilidad de que Herodes lo persiguiera, sino que se mete en la boca del lobo: va directamente a Jerusalén —a la que sería su muerte.

Dice el Evangelio de Marcos, la versión quizá más antigua: “y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas. Ser matado y resucitar a los tres días”. Mateo comunica que Jesús debería ir a Jerusalén. En efecto, allí es donde iba a encontrar la muerte y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas. Ser matado y resucitar al tercer día. Casi lo mismo dice Lucas. Luego la perplejidad de Pedro, que nos permite entender que a todos los discípulos esto les supo muy mal, pues no entendían qué estaba pasando. Tomándole aparte, Pedro se puso a reprenderle diciendo: “Lejos de ti, Señor, de ningún modo te sucederá eso”. En Marcos dice que hablaba de esto abiertamente, tomándole aparte Pedro se puso a reprenderle, pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprende a Pedro y le dice: “Quítate de mi vista, Satanás”.

Literalmente le dice: “atrás de mí, Satanás”; es decir, no quieras tú decirme a dónde va este camino, si quieres ser de mis discípulos me tienes que seguir, ponte atrás de mí. Escándalo eres para mí, piedra de tropiezo, porque tus pensamientos no son los de Dios, son los de los hombres. De nuevo aparece esta autoridad de Jesús que veíamos cuando él captaba que el Padre le había pedido algo; hablaba de eso con una autoridad absoluta.

Después de esta llamada de atención a Pedro, viene el discurso de las condiciones para seguir a Jesús. Comparemos las versiones de los tres sinópticos y los cuatro temas. Vamos con el texto de Marcos, tal vez el más antiguo.



Llamando a la gente a la vez que a sus discípulos les dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?”.

También les dijo: “Yo les aseguro que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios”. ¿Qué podemos recuperar de esto? Jesús les invita a hacerse cargo de la vocación, de aquello que se les pide dentro de su vida. Es evidente que este pasaje es retrospectivo, recuperado por los evangelistas en ese sentido. Esta necesidad de que cada quien asuma lo que el Padre le pide, el significado profundo de la cruz, no quiere decir —como a veces lo presentamos de una manera un poco superficial—: pues aguántate los sufrimientos de tu vida. La cruz significa lo que el Padre le pide a Jesús; el culmen y la manera concreta como el amor encarna en él con esa radicalidad de entrega de su vida por los demás. Sería el equivalente de: el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, niegue sus expectativas o estas prevenciones propias de la sensibilidad que no toma en cuenta las palabras del Padre y sígame; sígame a mí que le hago caso al Padre, sígame a mí que acepto lo que el Padre me va diciendo, que me pongo en el camino que Él me indica.

La frase: “Porque quien quiera salvar su vida la perderá”, texto que se puede traducir también como “quien quiera manejar su vida, controlar su vida”. Claro, dentro del contexto de interpretación, tradicionalmente la Iglesia lo entiende como salvar, pero es controlar; el que quiera ser dueño de su vida sin preguntarle al Padre, la va a perder; pero, aquel que se gaste su vida en lo que el Padre le pide, la va a encontrar.

Finalmente, esta invitación a pensar de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida. Vuelve a subrayar que muchos

de los que están ahí presentes “no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios”; es decir, todo lo que hemos descrito como Reino de Dios, que la Iglesia interpreta dentro del contexto, no sólo de la reconciliación de los apóstoles con Jesús, sino de la Iglesia primitiva. El sueño de Jesús, este Reino como estado de vida, como manera de convivir, compartir, ser todos comunión tal como el Padre invita. Y subraya en particular el Evangelio de Juan: que sean uno, como tú y yo somos uno; se ve ya dentro de la vida de aquellos que escuchan el mensaje de Jesús.

Un poco más adelante viene el segundo anuncio de la Pasión. Atravesando Galilea —él no quería que la gente se enterara porque iba directo a Jerusalén a entregar allí su vida—, viene este relato: “El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará”. Marcos: “Pero ellos no entendían lo que decía y temían preguntarle”. Vuelve a enfatizarse este anuncio de Jesús.

En medio de ello, un poco después de las condiciones para seguir a Jesús, está el relato de la transfiguración. Les hablaba de que el Evangelio tiene dos teofanías. La teofanía de la transfiguración es para nosotros: “Es éste mi Hijo amado, escúchenlo”. El Evangelio, todo el relato de la transfiguración, también es un mensaje de preparación para lo que vendrá. El texto nos dice que los discípulos son invitados, los tres más cercanos a Jesús —Pedro, Santiago y Juan—, a un monte alto, y allí se transfigura: su rostro cambia, brilla. Hay dos figuras que están al lado de Jesús, de acuerdo con el texto, es decir, son menos que Jesús, es lo que se subraya. Por un lado está Moisés, quien es el que trae la Ley y la transmite; por el otro, Elías, el profeta más querido de Israel, quien representa a aquellos que corrigen la visión errónea de la Ley. Los dos hablan con Jesús. Solamente el Evangelio de Lucas cuenta de qué hablaba: “Y entre ellos hablaban de lo que habría de suceder en Jerusalén”. De nuevo una referencia a la Pasión. Inmediatamente después de esto es cuando viene la nube y la voz del Padre, quien les dice: “Éste es mi Hijo amado, escúchen-

lo". ¿Qué es lo que invita a que escuchen? Pues precisamente lo que va a suceder en Jerusalén, la manera como él entrega su vida dentro de este misterio de la redención de asumir sobre sí mismo las consecuencias del pecado de la humanidad, de los demás, para, liberándolos de ese pecado, entregarles una nueva vida.

Hay mucha simbología alrededor de ello, pero el texto narra que, después de eso, todo desaparece y los discípulos quedan solos con Jesús y descienden. Le preguntan por Elías; Él vuelve a subrayarles: éste que vendría antes del Mesías, ya ha venido, es Juan el Bautista, para acentuar lo que en realidad esperaban, el que Israel espera es él, pero no será un Mesías triunfante, un Mesías militar poderoso, sino un Mesías con estas características propias del siervo de Yahvé que acabamos de escuchar.



---

## MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS

Partiendo de una cristología bíblica, podemos decir que los Evangelios son unánimes al contar que Jesús muere ejecutado como un criminal y prácticamente abandonado por los suyos. Y en eso los Evangelios no maquillan nada la situación, son bastante claros al respecto. Es muy probable que aquí haya un núcleo histórico sobre el cual se construyen las narrativas de la Pasión y Resurrección de Jesús: el núcleo de los cuatro Evangelios. Ahí empezó el relato de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, y después se le fueron agregando los otros elementos que conocemos de su vida.

Haber muerto ejecutado como un criminal, abandonado por los suyos, fue un dato escandaloso desde el inicio; ocupó un lugar central en la reflexión de la Iglesia para tratar de darle un sentido. La gran pregunta fue siempre cómo incluir este tipo de muerte en un proyecto de salvación de Dios. Los relatos evangélicos nos muestran que a los discípulos les tomó tiempo asimilar esto y, como veremos en las tradiciones de la Resurrección, siempre subrayan que fue necesario el encuentro con el resucitado para entender finalmente qué había pasado y cuál fue esta circunstancia, sobre todo el sentido de su muerte de esa manera.

Los relatos de la Pasión, las narrativas de la Pasión y Muerte de Jesús, siempre inician con la Última Cena. La cena simbólica de Jesús con sus apóstoles está pensada como clave hermenéutica para entender la entrega de su vida. Una forma de explicar, de explicitar los cuatro Evangelios sinópticos y el de Juan, la incluyen; por lo tanto, es muy probable que sea un evento histórico y la simbología que transmite es común a todos ellos. Por eso se vuelve la clave de interpretación a los eventos que vendrán después. En los sinópticos, el

relato comienza con unas instrucciones misteriosas de Jesús: vayan a tal lugar y encontrarán a una persona con un cántaro y una serie de cosas que, lo que tratan de transmitir —quizá la intención de Jesús— a los discípulos que organizaron la Última Cena es que él sabe lo que hace. Los relatos comienzan con esa declaración de Jesús, de que ha querido celebrar esta cena con sus discípulos. La hora a la que ha preparado todo su ministerio ha llegado. Es importante recuperar el contexto no sólo de la cena, sino de la muerte de Jesús alrededor de la fiesta de la Pascua. Desde luego, el sentido del cordero pascual, muy vinculado con el cántico del siervo de Yahvé, que asume este rol del cordero llevado al degüello, que cierra o sella con su sangre la nueva alianza del pueblo de Israel con Dios. El cordero pascual será inmolido y su sangre protegerá al nuevo Israel del exterminio.

Recordemos que Pascua significa “tránsito”, y la cena pascual en la tradición del pueblo de Israel es una cena de caminantes, de gente que se prepara para un movimiento, un cambio. Recibida en este tiempo, se presenta como viático para la vida definitiva; tan es así que la Iglesia ha mantenido ese concepto e idea hasta ahora.

Con esta entrega simbólica de su cuerpo y sangre, Jesús quiere manifestar libremente su amor, su deseo de entregar la vida para que otros tengan vida. Y el símbolo del alimento va en esa línea, que muere para convertirse en vida de aquellos que lo consumen. En Lucas, Jesús lo subraya con esa frase que ya le citaba: “Con anhelo he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de mi entrega”. Jesús subraya que eso que van a comer los discípulos es su cuerpo, y lo que van a beber es su sangre, es decir, su realidad, espacio temporal, su persona completa. Para los seres humanos, el cuerpo es el medio de expresión, lo que nos ubica en el universo, el medio para concretar toda comunicación y desde luego el amor; el deseo de ver nuestra vida convertida en vida, y ahí entra el símbolo del alimento para quienes amamos: su cuerpo sella la nueva alianza, la definitiva, consagrada con su sangre. La sangre del cordero sin mancha que prescriben las reglas de la Pascua judía.

En la Última Cena hay varios elementos importantes. En el Evangelio de Juan encontramos el texto del lavatorio de los pies. Para él, toda la clave de interpretación inicia con el signo de este acto de humildad de Jesús. Con un sencillo gesto transmite el sentido de su vida: amor como servicio de entrega, en humildad y sencillez. Al final, Jesús pregunta a los asistentes: ¿comprenden lo que he hecho con ustedes? El maestro se pone a los pies del discípulo para enseñarle con una sola acción cómo es amado y está llamado a amar.

De forma incoada, podemos ubicar este mensaje en otros Evangelios. Por ejemplo, en Marcos 10: 45, o en Mateo 20: 28, quien transmite lo mismo: “de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”. En el caso de Lucas: “Pues yo estoy en medio de ustedes como el que sirve”; toda su vida es así, esto ya lo hemos dicho en otras ocasiones que Juan toma alguno de estos temas y lo introduce en su relato evangélico donde le parece más apropiado, y en su caso como preámbulo para la Última Cena.

En el relato de Juan es central la actitud de Pedro —lo subraya el Evangelio—: no soporta ser servido por Jesús. Se resiste alegando su indignidad, que en el fondo muestra la dificultad humana de desprenderse del Dios soberano, omnipotente y abrirse a un Dios cercano, humilde, servicial. Recuerden que la perplejidad de los apóstoles va de más en más desde el anuncio de la Pasión. En la misma respuesta de Pedro, queda claro que no era lo que esperaba. Esta perplejidad crece a lo largo de todo este drama de la Pasión. Jesús es claro con Pedro: “Déjame que te sirva o no tendrás parte en mí”, es decir, nunca entenderás quién soy. Y subraya a los discípulos que el significado de este gesto lo entenderán más tarde.

Además de la Última Cena, hay otro preámbulo a los relatos de la Pasión, tan importante que está presente en los tres sinópticos: la oración de Jesús en Getsemaní. Jesús llega a su Pasión en una situación de crisis generalizada en su ministerio. Podemos decir que esa crisis llega a su culmen en la oración en Getsemaní. ¿Qué elementos hay

que tomar en cuenta? Su predicación ha dejado de atraer a las multitudes, como en algún momento lo hizo; es lo que los exégetas suelen llamar la crisis de Galilea. En sus primeros años como predicador itinerante, Jesús atraía grandes multitudes, pero llegó un momento en que éstas, cuando Jesús no hace lo que esperan —asumir un liderazgo político o militar—, empiezan a abandonarlo. Los distintos Evangelios lo expresan de diversas formas. Jesús, en su discurso de la sinagoga de Cafarnaúm, anuncia que él es el pan bajado del cielo y que hay que comer su carne y beber su sangre. La gente no entiende, les parecen palabras duras, según el Evangelio de Juan, y lo abandonan. La gran mayoría lo abandona, se queda solo con sus discípulos más cercanos; con ellos sale al exilio, con quienes primero va a Sirofenicia y después a Cesárea de Filipo. Muy probablemente son ellos que lo acompañan en el viaje a Jerusalén.

Segundo: las autoridades religiosas de su pueblo sospechan de él o lo atacan abiertamente. Nosotros a veces leemos, de atrás hacia delante, esa crisis profunda de Jesús al final de su vida. Este conflicto comienza con las autoridades en Galilea. Los que son enviados por el Sanedrín, que era el garante de la unidad religiosa y social étnica del pueblo de Israel, y sabemos estaban siempre al tanto de lo que pasaba en todos los lugares donde había judíos. Vemos cómo envían personas a interrogar a Juan el Bautista: “¿quién eres?, ¿qué enseñas?, etcétera... Tenemos que llevarle informe a los que nos mandaron”. Seguramente, algunas de las autoridades que interpelan a Jesús en su ministerio de Galilea eran también enviadas por el Sanedrín, pero, al llegar él a Jerusalén, esta especie de animadversión ya está presente.

Otra parte de su crisis es detectar que los discípulos parecen no haber captado el sentido profundo de su mensaje. Algunos de los relatos de la Pasión muestran que todavía en la Última Cena se están peleando, que se supone que es el culmen de la enseñanza de Jesús a sus discípulos. Todavía se están peleando para saber quién es el principal, cuál va a ocupar el primer lugar. Los textos nos muestran que los discípulos incluso están dubitativos y temerosos. Desde el



anuncio a Jesús en Cesárea de Filipo, en boca de Pedro, los discípulos se preguntan, tratan de convencer a Jesús de que no siga ese camino. No era esto que Jesús les muestra lo que esperaban.

Los anuncios de la Pasión por parte de Jesús no dejarían de preocuparlos y tal vez pensarían: “¿Qué nos pasará entonces a nosotros?”. Desde luego, es muy probable que todos pertenecían a esa corriente del judaísmo de la época, que conocemos como apocalíptico, el primer grupo de la comunidad cristiana. Aunque están impregnados de esta espiritualidad apocalíptica, no dejarían de pensar qué consecuencias va a tener la muerte de Jesús sobre nosotros.

Finalmente, la lealtad de los discípulos parece ser más bien superficial, no sólo porque lo abandonan, sino que inclusive uno de su grupo más cercano —aquellos que ocupan este rol simbólico de los doce, los que deben ser, deben suplantar o tomar el lugar de los doce patriarcas de las tribus de Israel—, planea traicionarlo.

Siempre ha causado perplejidad que los relatos de la Pasión presentan en Getsemaní a Jesús (Mesías) frágil, abatido, con deseo de que las cosas fueran diferentes. Más de algún humanista subrayó la dificultad de digerir este Jesús. El Jesús héroe, sobrehumano, es más fácil que este Jesús, que inclusive quisiera ver las cosas desarrollándose de manera diferente.

Getsemaní nos presenta a Jesús reaccionando ante su muerte como lo haría cualquier ser humano. Atraviesa por pasividades que incluso están descritas con detalle. Tiene temor, tristeza. Hay una frase muy dura: “Mi alma está triste hasta el punto de la muerte”; siente hastío. Seguramente se pregunta: ¿todo lo hecho y vivido habrá valido la pena? Repugnancia ante lo que él ya intuye que le espera, la experiencia de soledad y abandono por parte de sus amigos, el sentir que esto lo tiene que vivir solo y, finalmente, el silencio de Dios que irá creciendo. Algunos exégetas —como ya había comentado con anterioridad— han subrayado que este silencio de Dios es posible que empiece ya en el exilio y llegue a su culmen en la cruz, cuando se siente totalmente abandonado por el Padre. Todos los textos subrayan

que él pide que esa copa pase sin tener que tomarla; es su deseo y se lo manifiesta a su Padre, pero Jesús afirma que no quiere que su voluntad prevalezca, sino la de su Padre. Así transmite un ejemplo de la manera de enfrentar estas pasividades internas de la vida, como una enseñanza a esta Iglesia naciente que vivirá una persecución similar a la de Jesús: “Velen y oren porque el espíritu está presto, pero la carne es débil”.

A la hora de dar el testimonio final, o prueba difícil de este proyecto de amor y entrega desde el amor que el Padre nos pide, aunque a veces el espíritu lo quiera llevar a cabo, nuestro cuerpo reacciona, nuestra realidad más instintiva de supervivencia tiene también su peso en nuestra conciencia.

La muerte de Jesús no le llega como sorpresa. Su conflicto con las autoridades ha crecido poco a poco, pues seguramente también habrán recibido informes de Herodes y las autoridades judías de Galilea.

Los Evangelios nos presentan, desde muy temprano en la vida pública de Jesús, que su estilo y mensaje le acarreó varios enemigos; ya comentábamos que había complots para matarlo, como el de Herodes, pero también algunos de los relatos nos muestran a las autoridades de la época, tanto en Galilea como en Jerusalén, tomando la decisión de matarlo de acuerdo con algunas de sus declaraciones. Sabemos que en varias ocasiones Jesús huye para evitar ser apresado por las autoridades religiosas y civiles, como el sumo sacerdote. Según los textos, se les escabulló o se fue para evitar ser arrestado, pues ya decíamos que Jesús no busca su muerte. Hay algo que sucede en su interior que le lleva a tomar esa decisión, que quizá ocurre estando en Cesárea de Filipo, donde acontece el primer anuncio de su Pasión.

La libertad de Jesús frente a los usos restrictivos de la Ley, y su asociación con los que se consideraban impuros, así como atribuir su autoridad a su filiación divina (al Padre) y no a maestros humanos, agravó el resentimiento de los piadosos de la época, tanto de sus coetáneos como de las autoridades centrales.

Jesús se dirige a Dios en términos de cercanía y afecto, que le parecían sacrílegos a los saduceos y fariseos. Es un signo de contradicción para los profesionales de la religión de su época. Su propuesta de una relación sencilla y familiar con Dios, al criticar largas oraciones y sacrificios, también debe haber puesto en jaque a los que vivían de eso, las autoridades de Jerusalén. Exponía el amor como la ley definitiva, por encima de las prescripciones tradicionales como el *Sabbat* y los rituales de purificación. Y hablaba de ello con tal convencimiento, sinceridad y apertura que los mismos relatos del Evangelio nos presentan a sus interlocutores enfurecidos, muy molestos. Jesús se atreve a llevar su mensaje hasta el mismo centro de la religiosidad judía: el templo. Y tal vez todo el drama de la Pasión, este último complot que termina con su vida, se fragua en el contexto del templo. Allí debate y contradice las prácticas y enseñanzas del judaísmo piadoso de su época. Es natural que eso molestara mucho a quienes se consideraban defensores de esas prácticas y garantes de la identidad de Israel.

Recordemos que, en el momento de la Pasión de Jesús, esta especie de paz sigue un balance muy delicado y frágil. Judea es una provincia romana, no está bajo el gobierno de una autoridad judía civil; hay un acuerdo tácito entre el sumo sacerdote y las autoridades centrales del Sanedrín, en particular la familia del sumo sacerdote y las autoridades romanas. Pilatos sólo sube una vez al año a Jerusalén, en la Pascua, porque suele ser el momento de movimientos, revueltas y demás, y lo hace con un destacamento militar para vigilar que no vaya a pasar algo. Recordemos que la Pascua es la fiesta de la liberación de Israel. Era un momento que los predicadores, itinerantes, etcétera, utilizaban para incitar a la gente, y por allá iba su intuición, una rebelión, levantarse. En ese contexto entra Jesús. Hay una serie de datos y símbolos que él toma y provoca que las autoridades se preocupen más.

La primera es su entrada por la puerta del oriente, la cual, en la tradición judía de la época, subrayaba que cuando llegara el Mesías, entraría por ella. El segundo símbolo: entrar montado en la cría de

un burro. También decía: mira, Israel, tú salvador viene a ti humilde, montado sobre la cría de un asno. Jesús les está mandando señales que, desde luego, preocupan a las autoridades: que sea en esa época, que esté ahí el destacamento romano (en el fondo pensaban: “quédense aquí, habrá una revuelta grande, muy probablemente los que vamos a pagar los platos rotos somos nosotros”). Los que se consideraban defensores y garantes de la identidad y supervivencia de Israel, ven en Jesús un peligro cada vez más grande.

Jesús acepta comer con fariseos y expresarles sus puntos de vista en un estilo de total libertad que en ocasiones ofendía a sus anfitriones. En esos diálogos o comidas con ellos, se atrevía a ponerles a las prostitutas como ejemplo de hospitalidad, lo cual era una ofensa grande para éstos. Este conflicto va en aumento, pero también los exégetas, en particular los sinópticos, dicen que el culmen llega en esta acción simbólica de Jesús de expulsar a los mercaderes del templo. Si la recuperación temporal es correcta, esto debe haber pasado al segundo o tercer día de su llegada a Jerusalén para participar en las fiestas de la Pascua. Ésta fue una señal todavía más fuerte a las autoridades religiosas de que allí podía haber un problema, de que se podía suscitar una situación difícil. Claro, es un signo simbólico, él mismo lo interpreta así o da la interpretación al subrayar que ha venido a limpiar el templo que se ha convertido en una cueva de ladrones — no necesariamente de quienes venden en el patio de los gentiles, sino los que ocupan el lugar. Es una temática sensible para quienes están en ese puesto; recordemos que el sumo sacerdote y todo el partido de los saduceos son vistos por la mayor parte del pueblo de Israel como usurpadores; unas cuatro generaciones antes, los mismos reyes asmoneos mataron a los descendientes de los sacerdotes legítimos y pusieron a personas de su confianza en ese puesto. Así, todos estos mensajes de Jesús los interpretan como una amenaza directa a su persona.

Los eventos de la muerte de Jesús se suceden rápidamente. Es probable que en ese momento decidieron: “esto hay que acabarlo pronto, antes de que llegue a más”. En la imaginaria popular, no nos

damos cuenta de que la Última Cena no es el día de la Pascua, sino la noche anterior. Las autoridades religiosas han decidido arrestar a Jesús y deciden hacerlo la noche antes de que la gente se dé cuenta; no tienen idea qué tipo de apoyo tenga. Tienen miedo de que, si amanece y es un líder con apoyo fuera de la ciudad, o entre los habitantes, las cosas se compliquen. Por eso, entre el arresto, la sesión de Sanedrín a medianoche, el llevarlo con Pilatos de madrugada, el juicio y la condena, y sacarlo a crucificar a las doce del día, las cosas suceden con muchísima rapidez. Pareciera que sus acciones trajeron como resultado que enemigos doctrinales se unieran para atacar a Jesús, inclusive enemigos económicos. Podemos imaginar cuánta gente de Jerusalén vivía del templo, de lo que pasaba ahí; de cualquier cosa que amenazara esa situación, pues era una amenaza a su vida y a su *modus vivendi*.

Los Evangelios subrayan que, los que antes eran enemigos, se unen para oponerse a Jesús: saduceos y fariseos en la decisión y condena del Sanedrín, y también las autoridades civiles, la oposición entre el sumo sacerdote y Pilatos, entre éste y Herodes, etcétera. Los Evangelios nos presentan a un Jesús determinado en lo que siente que debe hacer. Está, como les decía, aclarando esta misión que percibe que el Padre le pide, asumiendo las consecuencias que conlleva, seguro de lo que hace, pero tampoco se le presenta como fanático ni obcecado. En los interrogatorios que sobreviven en los sinópticos, no insulta ni hace nada que acelerara la animadversión de las autoridades; pero era claro que habían decidido eliminarlo, lo más rápido posible, antes de que sus seguidores pudieran protegerlo o levantarse porque, reitero, no tendrían muy claro el poder de influencia de Jesús. Si en varios de los textos subrayan que en algunos de estos complots no se decidieron a arrestarlo porque le tenían miedo al pueblo, de que la gente se levantara en su defensa, es evidente que Jesús fue interpretando las acciones, los dichos y las posturas de sus oponentes como signos del peligro que se acercaba. Además, conocía la historia de Israel y la suerte que habían corrido una buena parte de los profe-

tas. En la tradición profética de la historia de Israel, a Jerusalén se le llamaba la ciudad que mata a sus profetas. Ir a Jerusalén, no como un predicador itinerante, sino asumir el rol de profeta, implicaba que él mismo entendía las consecuencias y el mensaje que eso transmitía a las autoridades de la ciudad.

Por eso podemos concluir que Jesús vería su muerte, la experimentaba (utilizando términos ignacianos, el haber discernido que el Padre le pedía eso) como un acto simbólico/profético que aceleraría la intervención de Dios en la implantación del Reino. Terminaría de servir como catalítico en este proceso de transformación que Dios quería operar en Israel: un nuevo tiempo.

En el diálogo de Jesús con sus discípulos al bajar del monte Tabor, ellos están todavía dudosos de si él es el Mesías, si efectivamente este mesianismo implica la muerte en la cruz como él se los había anunciado. Jesús interpreta para ellos ante la pregunta: Elías tenía que venir para prefigurar y anunciar que el Mesías ha llegado; Jesús les transmite lo que quizá era su propia experiencia, Juan el Bautista es Elías; es quien ha preparado este reconocimiento del Mesías, así como el camino para él. Todas estas cosas apuntan a esta conciencia que Jesús tenía de sí mismo en el momento de su muerte. Además, es claro que percibía que su Padre le pedía que entregara su vida en un gesto testimonial de confianza radical en él; que interpretara el final de su vida pública como un mesianismo al estilo del siervo de Yahvé. Recordemos el cuarto cántico de Isaías 53:

¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas hemos sido curados.

Todos los Evangelios tienen un relato de la Pasión, pero cada uno la presenta de acuerdo con su proyecto mistagógico. Todos los evange-

listas presentan la Pasión como el culmen de la vida de Jesús; de hecho, la redacción final pareciera que va apuntando a esa culminación. Los eventos de los sufrimientos y muerte de Jesús son relatados en un estilo narrativo detallado, totalmente diferente a los demás relatos de la vida de Jesús. Eso ha llevado también a concluir a los exégetas que el núcleo de constitución de los Evangelios fue esta narrativa original de la Pasión y Muerte de Jesús. Por lo tanto, podemos decir que la Muerte y Resurrección de Jesús ha sido siempre el corazón del mensaje cristiano.

El núcleo de esta narrativa es que Jesús muere como criminal ejecutado por los romanos, por instigación de las autoridades religiosas de su pueblo. En una secuencia de eventos, desde que cuajan estas narrativas de la Pasión (independientemente de la mistagogia que tiene cada uno de los autores de los Evangelios), todos tratan de subrayar y hacer contrastar estas dos perspectivas. El título puesto sobre la cruz indica que Jesús fue ejecutado como si fuera un rebelde violento; ironía en todos los sentidos, porque no fue rebelde ni predicó la violencia, ni se adjudicó nunca el título de rey. Estos textos quieren subrayar que el mensaje de la Pasión y de Jesús no fue político ni racial, sino sobre todo religioso. Queda claro que se puede contemplar su vida, en particular la Pasión, desde diversas perspectivas. Una, la que sería del mundo, de las autoridades religiosas de su época, o la perspectiva del Reino cuya clave hermenéutica Jesús ha dado a lo largo de toda su vida. El verlo desde una perspectiva u otra, cualquiera de estos relatos de la Pasión hace que cambie radicalmente la estatura de los actores del drama. Quien lo ve sin esa clave de interpretación de los valores propios del Reino, se queda con la historia común, la de toda la historia de la humanidad. Para la lógica del mundo, donde la grandeza se mide en términos de dinero y poder, los vencedores son las autoridades religiosas y civiles que eliminan a Jesús, quien aparece ahí como un pobre iluso que pensó que podría hacer algo contra quienes detentan el poder y al final terminan eliminándolo, aplastándolo. Pero si cambiamos a la lógica del Reino —la grandeza implica la entrega

libre de sí en actos de amor solidario a la manera de Dios que es así—, el Padre perfecto, el Padre cuya perfección es la misericordia, queda claro que el único hombre libre en ese drama es Jesús y su estatura se agiganta, mientras que la de los tiranos se empequeñece y aparece como lo que fueron: esclavos de sus pasiones. Jesús toma esta actitud del que en verdad es dueño de su vida. Llama la atención el cuarto Evangelio, el último, e incluso tiene la interpretación de esta actitud de Jesús en palabras puestas en su boca: “Yo entrego la vida porque quiero, la doy libremente y la recupero cuando quiera”. El Jesús de la Pasión, por lo tanto, está en consonancia con el Jesús de sus anteriores enseñanzas —este momento en su vida lo debemos interpretar desde esa perspectiva.

¿Qué se nos presenta aquí? Un hombre íntegro, humano y compasivo, lleno de una autoridad inusual, de un estilo muy distinto al de la autoridad de los personajes que lo están juzgando y condenando; totalmente convencido de hacer la voluntad de su Padre. Jesús vive y muere sirviendo. Ya veíamos el texto de Lucas: “Yo no he venido para ser servido sino para servir”. Con esto revela el misterio de un Dios cuya naturaleza más profunda es el amor como entrega de sí. De nuevo el corolario del cuarto Evangelio, el de Juan, subraya esto: “Quien ve a Jesús ve al Padre”. Entonces, el corazón del Padre está revelado en lo que su hijo —quien se entiende a sí mismo como el siervo sufriente de Yahvé— transmite y testimonia.

Los relatos de la Pasión llaman la atención y a veces no lo hemos sabido vivir y manifestar en la expresión cultural de la tradición de la Iglesia; son sobrios y poco doloristas. En el momento de la crucifixión y muerte de Jesús, lo despachan en dos párrafos, no les interesa tanto, pero sí el Jesús de enseñanza y testimonio; vale la pena recuperar este elemento. Nos presentan a un hombre que llama a su Padre en medio de la agonía y la derrota, desde el fondo de su fe —que ni la muerte puede anular las promesas de Dios. Su fe profunda es la que lo mantiene hasta el final. La evidencia histórica y arqueológica han demostrado que las narrativas de la Pasión y Muerte de Jesús están



apegadas al hecho histórico. A finales del siglo XIX, cuando empezó una teología más positivista, más vinculada a la historia, de ésta como ciencia social con su propia metodología, se pusieron en duda muchos de estos relatos.

Una de las primeras dudas fue el lugar del sepulcro. Uno de los exploradores de Palestina de esa época, de convicción luterana, de un plumazo dijo que lo del Santo Sepulcro es un invento del lugar donde está. Con el tiempo, las excavaciones mostraron que un poquito más al sur del lugar que ocupaba el Santo Sepulcro, era donde estaba la muralla en la época de Jesús, y que la muralla del norte —los investigadores de finales del siglo XIX pensaron que era la de tiempos romanos— fue una prolongación de la muralla original hecha en época bizantina, bajo el dominio musulmán. Todos estos datos nos muestran que quizá el relato tenga bastantes elementos apegados al hecho histórico.

Los relatos de la Pasión tienen distintos énfasis, quieren presentar al Jesús que nos han ido transmitiendo a lo largo de su vida. Ponen diferentes expresiones en la boca de Jesús a la hora de su muerte, lo que hace consonancia con el énfasis mistagógico de cada redactor. El más antiguo tal vez viene de Marcos 15: 34 y Mateo 27: 45, la expresión de Jesús en el momento de su muerte, al sentirse abandonado por el Padre: “Eloí, Eloí, ¿lamá sabajtaní?”. Recordemos que Marcos es un Evangelio escrito en un ambiente gentil, es decir, pagano cristiano; entonces, es una corrupción de *Elohim*. En cambio, el Evangelio de Mateo tiene la expresión más propia de la lengua hebrea de la época: “Elí, Elí, ¿lamá sabajtaní?”, es claramente una cita del Salmo 22: 2, y significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

A lo largo de la historia se han dado muchas interpretaciones. Era práctica de la vida del pueblo judío utilizar los Salmos que transmiten los distintos tipos del sentido humano, pero en referencia permanente y profunda al misterio del Dios creador y el Dios liberador. Era muy común que, en distintas circunstancias de alegría, tristeza, decepción, etcétera, la gente utilizara los textos de los Salmos para expresar eso

que estaba viviendo. Entonces, muy probablemente, de manera natural, a Jesús en esa misma situación le nace citar el Salmo. Muchas de sus últimas palabras son citas de Salmos que presentan los distintos autores. Lucas anota tres palabras que van muy en la línea del Jesús que nos transmite su Evangelio; en 23: 33, el Jesús que está a punto de ser crucificado, su primer pensamiento es sobre aquellos que lo están atormentando: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Un poquito más adelante, ante la petición del ladrón arrepentido: “Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”. Él le responde: “Realmente te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Y la oración salmista que propone Lucas, justo al final de la vida de Jesús, tomada del Salmo 31: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. La entrega de Jesús en las manos de este Padre al final de su vida.

Juan tiene su propia mistagogia y su propio mensaje central de este momento culmen de la vida de Jesús. En el capítulo 19, versículo 26 del Evangelio de Juan, esta entrega mutua que hace Juan, de María al discípulo amado como madre, y del discípulo amado a María como hijo. Los exégetas subrayan que el término “mujer” —que no la llame por su nombre, no le diga madre o María, sino mujer— hace una referencia a Eva. María se convierte en esta nueva Eva. En ese momento hay una nueva creación; recordemos que la figura del discípulo amado sólo aparece en el Evangelio de Juan —en los relatos de la Pasión no está antes— y que, aunque la tradición lo una con el discípulo Juan, en la mistagogia del Evangelio es todo creyente. Todo creyente es el discípulo amado, todo aquel que en verdad se ha abierto al misterio de Jesús es el discípulo amado. En el momento de la muerte de Jesús, además, está el símbolo de la sangre y el agua que sale de su costado, el que traspasaron. Aquí hay una nueva creación, una nueva Eva. María ocupa el lugar de esta nueva Eva, y el discípulo amado que nace en ese momento de la entrega de Jesús, se convierte en la nueva humanidad que ha recibido la vida en Jesús.

Un poco más adelante, dice: “Tengo sed”, que es el referente de oración de Salmos en el Evangelio de Juan, y en particular, casi lite-

ralmente, viene del Salmo 69: 22. El texto de Juan dice: “y para cumplir completamente las escrituras, dijo Tengo sed”. También el Salmo 22 debe haber sido el que Jesús citó sobre todo en ese texto original o más antiguo que encontramos en los Evangelios de Marcos y Mateo.

Para cerrar su Evangelio, en Juan, la vida de Jesús termina con esta frase: “Todo está cumplido”: aquel que viene al mundo sabiendo lo que el Padre le pide, que es como un señor de la historia que, cuando lo llegan a arrestar, les pregunta “¿a quién vienen a buscar?”. Y ellos le dicen: “A Jesús de Nazaret”. Y él les contesta con el nombre de Dios: “Yo soy”, el nombre sagrado, el nombre de Yahvé, y todos caen al suelo. El Jesús de Juan muere con esta frase: “Todo está cumplido”; todo lo que me pediste, lo que era mi misión, ha llegado a su fin, y habiendo terminado mi misión, que empezaba de alguna manera con el prólogo de Juan, la palabra que se ha hecho carne, pues vuelve al Padre.

Pasamos al segundo tema que es la Resurrección. En los relatos de la Resurrección, una tradición es la del sepulcro vacío y otra la de las apariciones personales. La primera remite a la experiencia, muy probablemente histórica, de quienes acudieron en busca de lo único que les quedaba del Señor; así lo presentan los textos. Algo natural que todavía vemos en nuestra vida cotidiana, contemporánea, cuando muere alguien: la ausencia que deja su partida. El hambre de presencia, mucha gente la trata de satisfacer yendo a lo único que les queda: el cuerpo; van al cementerio o a la cripta con ese deseo en duelo, para al menos tener el consuelo de saber que esa presencia, o el vehículo de esa presencia que fue cuerpo del amado, está en ese lugar.

Al llegar con esa vivencia interior y encontrarse con el *shock* de un sepulcro vacío, para quienes tenían la sensibilidad apropiada, bastó para experimentar que el Señor había resucitado. Y los lanza a una nueva dimensión, una nueva manera de relacionarse con Jesús.

La otra gran tradición es la de las apariciones personales —es probable que ambas se complementen. Casi todos los relatos nos presentan primero la experiencia del sepulcro vacío y sus consecuencias,

y un poco después los de las apariciones personales, que terminan de cuajar la experiencia del encuentro con el resucitado y las consecuencias que eso trae para la vida de los que la experimentaron.

Los relatos de las apariciones personales presentan cuatro momentos sucesivos, en los sinópticos como en los discípulos de Emaús de Lucas o en el Evangelio de Juan con su propia lógica y mistagogia en la aparición de María Magdalena. Llama la atención que todas tienen estos cuatro puntos que apuntan a donde fueron estas experiencias de la Iglesia naciente de los discípulos en su encuentro con el resucitado.

El primer momento es una situación humana de tristeza, miedo, incredulidad; varía en algunos. Lo que predomina es el miedo y así empieza el relato, estando encerrados por miedo, otros por incredulidad, los discípulos de Emaús ante aquel que se les aparece en el camino, casi casi como de broma, le dicen: “pues algunos creen, pero pues deben estar medio loquitos”. Incredulidad, en ocasiones tristeza.

En el segundo momento, Jesús se aparece y no es reconocido; algo que desde la antigüedad, a todos los autores de la cristiandad, a los padres de la Iglesia, los dejaba perplejos: ¿cómo es posible que alguien a quien acababan de ver, ahora no lo reconozcan? Incoado en este relato hay una novedad en la presencia de Jesús, en la relación con él. El centro de este proceso, o lo que abre al reconocimiento de Jesús, es que interpela la situación, siempre interpela a los que están tristes, a quienes están con miedo o incrédulos. Luego se produce la revelación, lo reconocen, lo experimentan; de ahí en adelante se convierte como en el lema de aquellos cristianos que han visto al Señor: he visto al Señor, hemos visto al Señor, se lo transmiten mutuamente, lo reconocen. Y, finalmente, se termina con el encargo de una misión y Cristo desaparece; el resucitado que se apareció, desaparece.

La misión básicamente es ir y compartir la alegría de la experiencia que han tenido de encontrarse con el Señor Resucitado. ¿Qué significa este desaparecer? Desaparece, por ejemplo, en el encuentro con María Magdalena; también en el diálogo con los discípulos de Emaús.

Voy a empezar por el de María Magdalena, en el capítulo 20 del Evangelio de Juan, en el que inclusive hay un dato interesante: María Magdalena lo reconoce, lo quiere tocar. Jesús le dice: “No me toques, no me toques”. Lo que subraya es la relación con el resucitado; no tiene los referentes de la relación previa, no es una realidad externa, cada vez apunta más a una interiorización de esta vida resucitada. Tiene todavía más claridad en ese sentido el Evangelio de Lucas, en el relato de los discípulos de Emaús. El texto destaca el momento de la fracción del pan, cuando lo reconocen, Jesús desaparece, pero de inmediato se nos dice que quienes estaban miedosos huyendo de la ciudad, incrédulos, se levantan en medio de la noche y regresan a Jerusalén para compartir con los demás su experiencia: hemos visto al Señor. Cuando llegan a Jerusalén, se encuentran con otros que les comentan lo mismo: hemos visto al Señor. La vinculación eucarística, la fracción del pan que hizo Jesús —subraya—, ya no es una realidad externa, ahora es una realidad interna, vive en ellos, y esa presencia de Jesús es la que los lleva a compartir su alegría, la del encuentro con el resucitado.

La manera como lo presenta el Evangelio de Mateo, y esa bellísima frase que podría ser el corolario de todos los Evangelios: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos”. “Yo estaré con ustedes”. Que en los textos más antiguos de la Iglesia primitiva que conocemos, en el caso de Pablo, su carta a los Gálatas se subraya en su frase tan conocida (Gálatas 2: 20): “Vivo, pero no vivo yo, Cristo vive en mí”. Recordemos que la exégesis contemporánea inclusive ve en las cartas de Pablo elementos más ricos y cercanos a la historia original de Jesús que los Evangelios, porque estamos con la fe propia de la Iglesia ya quince, veinte años, después de la Muerte de Jesús. Y muchos de los textos que Pablo incluye en sus cartas son todavía más antiguos, textos litúrgicos que nos podrían estar acercando a diez años o menos después de la Muerte y Resurrección de Jesús. Jesús ya no es una realidad externa al discípulo, sino que ha pasado a vivir en él. Y eso es lo que capacita al discípulo a poder dar testimonio de él.

Finalmente, hay que subrayar que todos los encuentros con el resucitado son vivencias de reconciliación. No se nos olvide que Jesús se les aparece a quienes lo han traicionado, a quienes lo han abandonado. Es natural que estuvieran un poco ariscos, ¿verdad? ¿Qué nos va a decir, nos va a regañar, a fulminar? ¿Qué va a pasar? Y una de las frases comunes de estas apariciones de Jesús son dos: “No teman” y “La paz”; “No teman”, “Les doy mi paz”, “Les doy la paz”.

Algunos padres de la Iglesia hicieron una exégesis bellísima de eso, y creo que es pertinente. Destacaban que, en la caída, en el pecado de Adán y Eva, la imagen de Dios se rompe y también la imagen del ser humano. De ser amigos de Dios, de vivir en comunión con Dios, de construir una sola familia, Dios les visitaba, etcétera; aparecen dos sentimientos en el corazón del hombre que no existían antes: uno es el miedo, le tienen miedo a Dios, que antes nunca le habían tenido, y el segundo es la vergüenza, de sí mismos, se perciben desnudos; cuando dicen eso, Dios pregunta qué comieron, qué hicieron. En esta doble expresión de Jesús está la sanación de esa ruptura, perderle el miedo a Dios. Dios no trae miedo, trae su presencia y la paz que sana la vergüenza, la ruptura, la incapacidad del ser humano de poder volver y vivir la Comunión con Dios.

Hay un relato paradigmático de reconciliación, que es el de Juan 21. Este segundo final del Evangelio de Juan narra el proceso de reconciliación, explicitado en la triple pregunta que Jesús le hace a Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” (Jesús utiliza el verbo griego *agapeo*). ¿Me amas más? Este amor que Jesús ha modelado con toda su vida, el amor de gratuidad, de entrega, el amor que toma en cuenta al otro, que transmite el aprecio por el otro. Y la contestación de Pedro: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. No usa el *agapeo*, usa *fileo*, otro tipo de amor y atracción, más como de cercanía, de amistad, no es tan altruista, tan gratuito; es un amor, digamos, más humilde, más sencillo. Humilde en el sentido que se percibe no capaz de entregarse como el *agape*. La primera pregunta de Jesús, además de utilizar el verbo *agapeo*, utiliza el comparativo “más”, que

recuerda el comparativo o la actitud que Pedro tuvo frente a los demás discípulos: otros te pueden traicionar, pero yo no, yo estoy dispuesto a entregar mi vida por ti —una característica clara del amor *agape*—. Ante la respuesta de Pedro, Jesús le dice: “Apacienta mis corderos”. Fíjense cómo vuelve a aparecer la misión. Siempre hay una misión en los encuentros con el resucitado. Segunda pregunta: “Simón hijo de Juan, ¿me amas? —ya no más—, sólo ¿me amas?, y vuelve a utilizar *agapeo*. Le dice Pedro: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”, vuelve a responder con el verbo *fileo*. Jesús vuelve a hacerle el encargo: “Apacienta mis ovejas”. Llegamos finalmente a la tercera: “Simón hijo de Juan, ¿me quieres? Sorprendentemente, Jesús se “baja” al utilizar el verbo *fileo*, ¿me quieres? Pedro se entristece de que le preguntara por tercera vez “¿me quieres?”. Pero lo que lo entristece no es que se lo pregunte por tercera vez, sino que es como si Pedro hubiera percibido: ya se dio cuenta de que yo no estoy a nivel de *agape*, sino de *filia*. Pedro responde: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Jesús le expresa: “Apacienta mis ovejas”.

La clave para entender el texto es la alternancia de los verbos para describir el amor como *agape* y como *filia*. Jesús hace tres preguntas sobre la capacidad que tiene Pedro para amarlo. Con un *agape* mayor a los demás, o con uno sin comparaciones, o con una mega *filia*. Precisamente, que Jesús se haya bajado a preguntarle ya no por su *agape*, sino por su *filia*, es lo que entristece a Pedro. Éste es un relato paradigmático, no nada más es la historia de Pedro, es el diálogo de Jesús con todos nosotros, con todo creyente en el sentido de, incluso dentro de nuestra fragilidad constatada, Jesús tiene una misión, tiene algo que pedirnos, algo que encomendarnos. Lo que llama la atención es que a Jesús le basta esa *filia* para encomendarle a Pedro lo que más amaba, que son sus ovejas. Pero le avisa dos veces que la única manera en que logrará realizar ese cargo es siguiéndolo. El texto es muy bueno: “En verdad te digo, cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas a donde querías, pero cuando seas viejo...”; es decir, ya no vas a vivir sentado en ti, sino vas a vivir sentado en la misión que

te doy. Y termina diciéndole: “Sígueme”. Hay una cosa curiosa: en el Evangelio de Juan se vuelve a subrayar que Pedro está en la luna; cinco minutos después, empieza a preguntarle a Jesús sobre el discípulo amado y Jesús le contesta fuerte: “¿Qué te importa?, ¿qué te importa lo que yo quiera de éste? Tú, sígueme”, y repite el mismo mensaje.

Como corolario, el Jesús de los Evangelios, el resucitado, invita al seguimiento, es decir, a acoger la misión que nos da, vivir esa misión de la referencia continua a él que ya no es una realidad externa del creyente sino que se convierte en una realidad interna: pedir la gracia, cultivar y vivir a plenitud la experiencia de Pablo: “Vivo pero no vivo yo solo, Cristo vive en mí”; aprender a intuir lo que eso sigue, lo que significa, y aplicar, concretar el sentido del seguimiento. No voy a hacer lo que me dé la gana, como lo hacía antes de convertirme —que es lo que está en el mensaje a Pedro—, sino que voy a estar, voy a dar gloria a Dios en la manera que Él me lo quiera manifestar

Brevemente mostro la transfiguración, que es el final de esa secuencia que empieza con el primer anuncio de la Pasión. ¿Qué temas tiene la transfiguración?

1. Subir al monte.
2. Visión de la transfiguración.
3. Moisés y Elías.
4. Aquella frase de Pedro: “Es bueno estar aquí”.
5. La teofanía del Tabor, cuando Dios habla.
6. Quedarse solos con Jesús.
7. Guardar el secreto.
8. Y el describir que Elías es el precursor del Mesías, es decir, que no les quede duda: “Yo soy el Mesías”; en eso termina la transfiguración.

Mi transfiguración favorita es de un gran místico y pintor que se llamaba Teófano el Griego, quien, aunque era bizantino, trabajó en Rusia en el siglo XIV. Recuerden que en los íconos no hay tiempo; por eso



a la izquierda ven a Jesús subiendo con sus discípulos; en esa como cuevita está Jesús subiendo con sus discípulos, la transfiguración en medio y luego Jesús bajando con sus discípulos. En el tiempo de los íconos no hay pasado, presente y futuro, es un presente constante.

Ascenso al monte, seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llevó, a ellos solos aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos, su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Toda la patrística subraya que en Jesús no cambió nada, lo que cambió fue la mirada de los apóstoles, es decir, descubrir lo que había en Jesús, pero que ellos no veían. Ése es el misterio y mensaje de la transfiguración. Y he aquí que conversan con él dos hombres: Moisés y Elías. Varias interpretaciones: Moisés es el que da la Ley, fundador por lo tanto de la identidad judía como tal, y Elías es el profeta por antonomasia, el profeta más querido. Son los profetas los que corrigen la interpretación errónea de la Ley, y Jesús está en medio de ellos; se ha subrayado mucho que eso significa que él es más que la Ley y los Profetas. Pero este místico descubrió una razón más por la cual se eligió a Elías y Moisés: ellos fueron los únicos personajes del Antiguo Testamento que se atrevieron a decirle a Dios: “Te quiero ver cara a cara”.

En el caso de Moisés, *Éxodo* 33, éste dijo: “Déjame ver, por favor, tu gloria”. Él le contestó: “Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad, y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé, pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia”. Y añadió: “Pero mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo”. Luego dijo Yahvé: “Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria te pondré en la hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver”. En el ícono está la imagen de Moisés y una nubecita arriba; la nubecita es el mismo Moisés que está viendo como fantasma a Dios; no ve su rostro, por eso está como monocromático. Pobre Moisés, no le tocó su deseo.

Y el relato de Elías, tomado del libro de los Reyes. Es aquello del huracán, el fuego, etcétera, y luego la brisa, y, cuando llega ésta, Elías se aterra y se tira al suelo para no ver a Dios cara a cara. Por lo tanto, Elías tampoco alcanza la visión de Dios. Y ahí está el dibujo que hace Teófano arriba de Elías; podemos reconocer que no ve a Dios: ve como un fantasma.

¿De qué hablaban Jesús, Moisés y Elías? He aquí que conversaban con él dos hombres: Moisés y Elías, quienes aparecían en gloria y hablaban de su partida que iba a cumplir en Jerusalén. Por eso, la transfiguración siempre está vinculada a la Pasión: es el primer domingo de Cuaresma. El mensaje es que, en ese momento y en Jesús, el deseo de Moisés y Elías se llevó acá. En el rostro de Cristo vieron el rostro de Dios. En la transfiguración, Dios ha llevado a plenitud su ofrecimiento a Moisés y Elías. En el rostro de Jesús, el Cristo, han contemplado el rostro de Dios. Recordemos la frase de Juan 14: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. Sigue el texto, tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: “Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. ¡Qué lindo, ya me dejaste verte a la cara!, lo que todos esperamos, lo que estos dos figurones habían pedido, pues ya lo tenemos, quedémonos aquí. Y dice el texto: “Estaba diciendo estas cosas cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra, y al entrar en la nube se llenaron de temor. Y vino una voz de la nube que decía: Éste es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle”. Ésta es una teofanía para nosotros. En el bautismo, la teofanía era para Jesús: “Tú eres mi hijo amado”. Ahora el Padre nos dice a todos: “Éste es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo”. ¿Qué es lo que vamos a escuchar? Lo que Jesús va a hacer en Jerusalén, es decir, llevar hasta las últimas consecuencias el amor como entrega de sí. No se trata de poner tu tienda y quedarte aquí; la vida, el dinamismo propio al que Dios te invita, la vida definitiva, el amor lo vas a encontrar ahí. Y termina subrayando: “Y de pronto, mirando en derredor, ya no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos”. Esto también lo captó muy bien este iconógrafo. En ese ícono

todos miran hacia distintos lugares, menos el Jesús transfigurado. El Jesús te mira directamente a ti. Nos hace recordar aquello de: “Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. El Jesús del ícono de la transfiguración mira a quien lo contempla directamente, comunicándole que hoy está invitado a vivir la transfiguración, es decir, encontrarse con el rostro del Dios vivo en el rostro del Señor Jesús. Y ya para los que no les quedaba ninguna duda, Jesús les ordenó: “No cuenten a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”, y sus discípulos le preguntaron: “¿Por qué, pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero?”, como diciéndole: “Tú dices que eres el Mesías, pues Elías no ha venido a prepararte”, y él respondió: “Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo”. Sin embargo, les digo: “Elías vino ya, pero no le reconocieron, sino que hicieron con él lo que quisieron. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos”. Entonces, los discípulos comprendieron que se refería a Juan el Bautista.









TRES CONFERENCIAS SOBRE JESÚS  
DE NAZARET, por Alexander Zatyorka  
Pacheco, se imprimió en julio de 2020  
por Alfonso Sandoval Mazariego, calle  
Tizapán 172, Col. Metropolitana Tercera  
Sección, Nezahualcóyotl, Estado de  
México, C. P. 57750. El tiraje fue de 1000  
ejemplares ■



Jesús y el Reino de Dios; Jesucristo como siervo de Yahvé; muerte y resurrección de Jesús: tres temas son la invitación a reflexionar que nos extiende el padre Alexander Zatyryka Pacheco, S. J. Estos tres momentos para posar la mirada espiritual surgen de una serie de conferencias de cristología, plasmadas ahora en este *Cuaderno*.

La primera se ocupa del Reino de Dios, tema central de la vida y predicación de Jesús, quizá el más importante: no hay Reino sin Jesús, ni vida, ni mensaje sin la predicación del Reino. La segunda, a partir de los cuatro cánticos del *siervo* de Yahvé del segundo Isaías, muestra la hondura de entender a Jesús como siervo de su Padre. Finalmente, la tercera nos recuerda que morir ejecutado como un criminal y abandonado fue centro de la reflexión de la Iglesia: ¿cómo incluir tal muerte en un proyecto de salvación de Dios? La Resurrección.

ISBN: 978-607-417-701-5



[www.ibero.mx/publicaciones](http://www.ibero.mx/publicaciones)